



ESFINGE

conocimiento • reflexión • diálogo

Revista digital n.º 137 Mayo 2024

Oppenheimer y la bomba atómica: reflexiones filosóficas

Abre la puerta

En el bicentenario de la *Novena sinfonía* de Beethoven

El lenguaje como arma de defensa

Jantipa, la mujer de Sócrates

Lo que nos enseña la Madre Tierra

SUMARIO

4



OPPENHEIMER
y la bomba
atómica: reflexiones
filosóficas

14



Abre la puerta

18



En el bicentenario de la
NOVENA SINFONÍA
de Beethoven

EL LENGUAJE
como arma de defensa

26



40



JANTIPA,
la mujer de Sócrates

48

Lo que nos enseña la MADRE TIERRA



Revista digital n.º 137 Mayo 2024
www.revistaesfinge.com
ISSN: 2952-4784

MESA DE REDACCIÓN:

M.^a Dolores F.-Figares, subdirectora
Fátima Gordillo, coordinadora
Miguel Ángel Padilla, mesa editorial
Elena Sabidó, redacción y archivo
Juan Carlos del Río, *webmaster*
Gabriele Ruskenaitė, edición de contenidos
Esmeralda Merino, estilo y corrección
Lucía Prade, suscripciones y redes sociales

Esfinge es una revista publicada por la EDITORIAL NA, impulsada por la Escuela de Filosofía de la Organización Internacional Nueva Acrópolis en España, para promover el conocimiento, la reflexión y el diálogo, como medios que proporcionen, en estos tiempos convulsos, herramientas válidas para el respeto y la convivencia de los seres humanos entre sí y con su entorno.

La opinión vertida por los autores de los artículos, no ha de ser estrictamente la misma de la mesa editorial.





Sentir a la Madre Tierra

Una de las contradicciones de nuestro tiempo es que la humanidad es capaz de comprender la naturaleza en toda esa riqueza que nos alimenta y nos permite vivir y, al mismo tiempo, poner en peligro nuestra supervivencia, a fuerza de ignorar nuestra capacidad para romper una necesaria armonía, poniendo en riesgo nuestra propia supervivencia como especie viviente.

No deberíamos olvidar que quienes necesitamos la vida de la que nos provee el planeta en el cual habitamos somos precisamente nosotros, los humanos que, a pesar de tanta tecnología, nos caracterizamos por una fragilidad que está presente en todas las etapas de nuestra existencia.

Y se da la paradoja de que, a pesar de nuestra dependencia radical de la madre Tierra, no cejamos en el intento de agredirla por medio de toda clase de instrumentos, costumbres, caprichos, excesos. Esto podría deberse, quizá, al viejo error de considerar que los seres humanos tenemos derecho de esquilmar y agredir a la naturaleza porque somos algo así como los reyes de la creación, lo que significa que podemos permitirnos toda clase de atropellos, y no pasa nada.

Aunque muchos terrícolas no quieren reconocerlo, las señales que nos está enviando la paciente Madre Tierra son bastante claras sobre la ruptura progresiva de un equilibrio que es indispensable para la supervivencia de todos los seres vivos, entre los cuales nos encontramos nosotros, los humanos. Esta es una de las realidades que debemos cambiar, con la mayor rapidez y entre todos.

El Equipo de Esfinge

OPPENHEIMER y la bomba atómica: reflexiones filosóficas

José Carlos Fernández

Revolucionaria debió de ser, para el pensamiento humano, la teoría atómica. ¡Lo difícil que le debe de ser aceptar a la mente que todo lo que nos rodea, los sucesos infinitos, los seres y cosas infinitas, las cualidades infinitas son debidas a esferas en movimiento que se chocan, se adhieren y forman unidades más complejas (que hoy llamamos moléculas), de estructuras muy precisas en 3D que determinan los infinitos adjetivos y exuberancia de la vida y la naturaleza! El filósofo Demócrito de Abdera les llegó a dotar de una especie de ganchos que les permiten tener afinidades entre sí y que hoy denominaríamos «valencia» para así componer estructuras más grandes.

Adoptar esta imagen de lo real en la mente como ciertamente real, ya es un mérito para el audaz. Pero comenzar a investigar seriamente, año a año, una generación después de otra desde Dalton, para tan solo un siglo y medio después a abrir la caja de Pandora de las interioridades del átomo y liberar su poderosísima energía es un milagro de la ciencia y de la voluntad humana, para bien y para mal. Las explosiones de Trinity, de prueba, e Hiroshima y Nagasaki como objetivos de guerra y las más de mil explosiones experimentales sobre la tierra y debajo de ella, en el aire y en el mar, son prueba de ello.

Aquellos que hayan adquirido un poco de trinitita, la piedra-vidrio que se formó en la arena de Nuevo México, en la extensión de un kilómetro de diámetro, deben de ser quizás conscientes de la importancia de este evento de la madrugada del 16 de julio de 1945 y quieren guardar un cristal alquímico de historia, como cuarenta y cuatro años después, otros lo harían con el Muro de Berlín. Es realmente el nacimiento convulsivo de una nueva era, la era nuclear que lo iba a redefinir todo.

El periodista E. Lawrence, enviado para documentar la primera explosión nuclear de la historia, lo supo, al llamarlo «el primer llanto de un mundo recién nacido», dado a luz, y nunca mejor dicho, con el cegador destello de la fusión nuclear de seis kilogramos de plutonio.

Claude Delmas, en su *Historia política de la bomba atómica*, explica hasta qué punto las bombas nucleares (tanto las de fisión como la termonuclear o de fusión) redefinieron las relaciones internacionales y la estrategia de guerra, y fueron la causa verdadera de la Guerra Fría. Aunque el libro no está actualizado (es de 1967), es un muy buen testimonio de los primeros veinte años en que estuvimos al borde del abismo, como hoy de nuevo lo estamos con la guerra de Rusia y Ucrania. Nos queda claro que las bombas fueron realizadas al principio para ser usadas, naturalmente, como armas tácticas; luego, como armas estratégicas —sobre todo con el desarrollo de los misiles balísticos intercontinentales—; y solo después, como armas de disuasión (o sea, para no ser usadas). Pero en la medida que la tensión aumenta, es cada vez más fácil la «chispa» que provoque una «escalada» de acciones nucleares. Mao Tse Tung decía que era necesario disponer de esas armas para no sufrir *bullying* de otros países, y, sin embargo, Claude Delmas nos trae declaraciones pavorosas de hasta qué punto tanto Stalin como Mao habrían estado dispuestos a usarlas aunque el mundo quedara convertido en cenizas radioactivas.

Kruschev quedó aterrorizado ante el discurso que Mao Tse-Tung pronunció en Moscú:

“¿Podemos hacernos una idea del número de vidas humanas que costará una guerra futura? Probablemente, un tercio de los 2700 millones de seres humanos que pueblan la Tierra, esto es: solo 900 millones de hombres. Pienso que este número no es exagerado si, de hecho, son usadas las bombas atómicas. Es pavoroso, sin duda. Pero incluso la destrucción de la mitad de la humanidad no sería algo malo. ¿Por qué? Porque no somos nosotros los que queremos la guerra sino ellos, y son ellos los que nos fuerzan a la misma.”





Si combatimos, podemos usar la bomba atómica y la bomba H¹. Personalmente, creo que la humanidad será sometida a tales pruebas y que la mitad o más de la población total perecerá. Debatí esta cuestión con Nehru. Él es aún más pesimista que yo. Le dije que, aunque la mitad de la humanidad quede aniquilada, la otra mitad escaparía a la destrucción. El imperialismo sería completamente aniquilado, mientras que el socialismo dominaría el mundo. En medio siglo o un siglo, la Tierra sería repoblada de nuevo con este cincuenta por ciento, incluso más”.

Este discurso fue pronunciado el 17 de noviembre de 1957. Los dirigentes soviéticos quedaron aterrorizados ante esta matemática del horror, del terror y de la muerte. Además, se preguntaron a sí mismos qué tercio o qué mitad desaparecería. Era evidente que, para comenzar, serían las dos grandes potencias nucleares quienes sufrirían las consecuencias de esta guerra: los Estados Unidos... y la Unión Soviética, que se suicidarían en común. Aunque China perdiese un tercio o la mitad de su población, quedarían entre 350 y 500 millones de chinos. O sea, que Mao Tse-Tung aceptaba la idea de una guerra nuclear o termonuclear, mientras que para los rusos debería hacerse todo lo posible para evitarla.

Esta dinámica, evidentemente, ha cambiado, y cuando Putin se mostró dispuesto a usar armas nucleares ante el avance del ejército ucraniano, Xi Jinping le dijo claramente a Putin que, como hiciera tal cosa, él apoyaría al bloque americano y occidental. Demasiada inseguridad amenaza los mejores negocios.

¹ Las rusas, claro, porque China aún no disponía de ellas y, por tanto, los destruidos serían Rusia y EE. UU., lo que a Mao poco le importaría; incluso tampoco que la mitad de lo suyo quedara arrasado si esto le beneficiaba de algún modo.

Oppenheimer

Los seres humanos somos demasiado predecibles y, sin embargo, también paradójicos. Quizás nos hallamos al límite de una guerra nuclear (total, de retorno a una Edad de Piedra, o parcialmente), pero tras la crisis de los misiles rusos en Cuba, estamos mucho menos atemorizados, tal vez por las drogas psicológicas a que somos sometidos, que nos insensibilizan. Y todo lo contrario, es cuando más interés tenemos en cómo se forjó la primera bomba nuclear y quién fue el padre de la misma, Robert Oppenheimer. El libro de Kai Bird y Martin J. Sherwin *El triunfo y la tragedia de J. Robert Oppenheimer, Prometeo americano*, premio Pulitzer de biografía, se ha convertido en un *best seller*, y la película de Christopher Nolan *Oppenheimer*, de 2023, basada en el mismo, ha obtenido seis Oscar, incluido el de mejor película del año².

De gran interés, asimismo, es la serie *Punto de inflexión*, de nueve capítulos, sobre «la bomba y la Guerra Fría», que analiza las secuelas políticas de la tragedia de Hiroshima y Nagasaki de un modo tendencioso, como todo lo que vemos, pues nada menciona de las llamadas revoluciones de los colores (sucesivos golpes de estado «pacíficos» realizados por Estados Unidos en países limítrofes de Rusia), infames maniobras³ de un país que está implosionando sobre sí mismo y que es, entonces, extremadamente peligroso para el mundo. Nunca antes su poder militar y su presión han sido tan descarados, nunca antes tanta la pobreza de su gente, hundiéndose en el abismo su clase media.

Robert Oppenheimer es, sin duda, el «padre de la bomba atómica», y solo un genio como él fue capaz de dinamizar a más de un centenar de físicos en el proyecto Manhattan, en una ciudad secreta en Los Álamos, Nuevo México, creada ex profeso



² Es curioso, porque la película *Fat Man and Little Boy* (en español «Creadores de sombras»), también sobre Oppenheimer y el proyecto Manhattan, en 1989, cuando la amenaza nuclear era mínima, pasó como una sombra, sin pena ni gloria, con una recaudación de menos de cuatro millones de dólares, cuando el gasto fue de treinta, un desastre financiero a pesar de la música de Ennio Morricone y de que el papel de Lesli Grove lo realizaba Paul Newman.

³ Como podemos ver en el valiente documental *Revoluciones de color: revoluciones sintéticas*.

para realizar la bomba atómica, y en la que vivían miles de científicos, físicos e ingenieros con sus familias, más todo el aparato logístico militar. Ser capaz de disciplinar a los físicos era como ser «pastor de gatos», pero su liderazgo, medio ángel, medio demonio, él mismo físico nuclear y con una cultura e inteligencia excepcional y una voluntad de acero, llevaron a cabo tal prodigio.

Describe muy bien tal acción el libro ya mencionado⁴, al comienzo del capítulo 21:

Todo el mundo sentía la presencia de Oppenheimer. Daba vueltas por El Monte⁵ en un jeep del ejército o en su Boick, grande y negro, y se dejaba caer sin avisar en uno u otro de los despachos diseminados por el laboratorio. Solía sentarse en el fondo, empalmando un cigarrillo tras otro y escuchando en silencio lo que se estuviera hablando. Su mera presencia parecía incitar a las personas a esforzarse más. Vicki Weisskopf se maravillaba ante el hecho de que Oppie parecía estar físicamente presente casi cada vez que se lograba un nuevo avance en el proyecto. “Estaba en el laboratorio o en la sala de seminarios cuando se medía un efecto nuevo, cuando se concebía una idea nueva. No era que contribuyese con muchas ideas o sugerencias; a veces sí, pero la influencia principal nacía de su presencia, continua, intensa, que nos despertaba a todos una sensación de implicación directa”. Hans Bethe recordaba el día en que Oppie se pasó por una reunión sobre metalurgia y escuchó un debate inconcluso sobre qué tipo de contenedor refractario debería usarse para fundir plutonio. Después de atender los argumentos, se sumó al coloquio. No propuso exactamente la solución, pero cuando se marchó, todos tenían claro cuál era.

El proyecto Manhattan fue el mayor esfuerzo científico tecnológico de la historia, solo superado por el de poner un pie en la Luna, y las mentes científicas más brillantes del momento trabajaron en él, electrizadas por Oppenheimer. Aunque también fue gracias al genio logístico de Leslie Groves, el ingeniero militar constructor del Pentágono.



⁴ *El triunfo y la tragedia de J. Robert Oppenheimer*, de Kai Bird y Martin J. Sherwin.

⁵ Nombre en clave de la ciudad de Los Álamos.

Ambos fueron como el padre y la madre de dicho esfuerzo, que no solo incluía los trabajos en Los Álamos, sino toda una red humana y material de 130.000 empleados repartidos por toda la geografía de Estados Unidos, y no solo eso, también por Canadá y el Reino Unido. Evidentemente, el cerebro era Oppenheimer, galvanizando todo trabajo científico y técnico en Los Álamos.

La carta que Einstein firmó (pero que no escribió) al presidente Roosevelt fue la chispa detonante, pero, a pesar de la fama, el genio de la teoría de la relatividad no fue el escogido para liderar este esfuerzo y lo más seguro es que hubiera rechazado la propuesta, ya que fue, desde el principio, un enemigo declarado de las armas atómicas y de toda forma de uso no pacífico del poder desatado del núcleo del átomo. Todos en el proyecto Manhattan trabajaban al límite pensando que competían con la Alemania nazi, que estaría fabricando una bomba nuclear también. Heisenberg, padre de la física cuántica, sería el alma y el cerebro de dicho programa. Pero estaban muy engañados. A pesar de lo que normalmente se cree, nunca la Alemania de la Segunda Guerra Mundial tuvo un proyecto real de construcción de la bomba nuclear, y sí de un reactor. O porque Heisenberg y su equipo no quisieron decir todo lo que sabían que se podía hacer, o, lo más probable —como dijo el físico alemán más adelante—, porque conseguir uranio 235 enriquecido o plutonio necesitaba de un despliegue industrial (según los conocimientos de la época) del que la Alemania nazi era incapaz, máxime con guerra ya en dos frentes, oriental y occidental. De hecho, cuando Heisenberg oyó por radio la noticia de la bomba sobre Hiroshima, quedó muy impactado y se aisló en el cuarto de su domicilio-cárcel⁶ (en que eran espiados los científicos alemanes allí prisioneros) para hacer cálculos y obtener la medida de masa crítica de uranio necesaria para ello (una de las claves para hacer la bomba atómica era saber dicha «masa crítica», que origina la reacción en cadena de los neutrones desprendidos en la fisión).

Un líder de equipo

Oppenheimer, además de inteligentísimo y con una capacidad de empatía que le hacía estar rodeado siempre de gente (mujeres y hombres), era extremadamente valiente. En el clímax de su trabajo, para ver la primera explosión atómica, la de Trinity, y situado

Reproduzco cita de la Wikipedia (que también afirma sin pruebas que Alemania sí estaba realizando una bomba atómica, y más bien lo que viene a continuación prueba exactamente lo contrario):

«Al final de la guerra en Europa como parte de la Operación Epsilon, Heisenberg junto con otros nueve científicos, incluyendo a Otto Hahn, Carl Friedrich von Weizsäcker y Max von Laue, fue internado en una casa de campo llamada Farm Hall en la campiña inglesa. Esta casa tenía micrófonos ocultos que grababan todas las conversaciones de los prisioneros. El 6 de agosto de 1945, a las seis de la tarde, Heisenberg y los demás científicos alemanes escucharon un informe de radio de la BBC sobre la bomba atómica de Hiroshima.

La transcripción de su conversación tras escuchar dicho informe explica los motivos por los que la bomba atómica no fue desarrollada en Alemania. “No hubiésemos tenido el coraje moral para recomendar al Gobierno en la primavera de 1942 que deberían emplear a 120.000 hombres solo para construir la cosa [la bomba atómica]”. Parece que hubo varios motivos, entre ellos la actitud del Gobierno alemán durante la guerra, los objetivos del comité de uranio y la falta de “ansiedad” de los científicos por desarrollar una bomba atómica.

A la noche siguiente, Heisenberg dio una charla a sus compañeros, a manera de informe, que incluía un estimado aproximadamente correcto de la masa crítica y de uranio-235 necesarios, además de características del diseño de la bomba. El hecho de que Heisenberg hubiera podido hacer estos cálculos en menos de dos días, da credibilidad a su afirmación de que la razón por la que no sabía cuál era la masa crítica necesaria para una bomba atómica durante la guerra se debía única y exclusivamente al hecho de que no había intentado seriamente resolver el problema».



a solo nueve kilómetros de la zona cero, salió del búnker y se recostó en la arena para ver con más detalle. Años más tarde recordaría este momento:

«Sabíamos que el mundo dejaría de ser el mismo. Había quien reía y había quien lloraba. La mayoría guardaban silencio. Recordé un verso de las escrituras hindúes, el Bhagavad Gita. Vishnu trata de convencer al príncipe de que debería cumplir con su obligación y, para impresionarlo, toma la forma de un ser de muchos brazos y dice: “Ahora he devenido muerte, el destructor de mundos”. Supongo que, cada uno a su manera, pensamos algo así».

Si muchos millones de personas más conocen el Bhagavad Gita hindú es gracias a la película *Oppenheimer* y a la cita suya. Es el momento culmen de este tratado filosófico del Mahabharata; en cierto modo, la Iniciación de Arjuna, pues Krishna, su Yo divino, se le revela con todo su poder, como Yo de todo el universo. Lo que es la energía atómica en lo material es quizás el poder del Yo divino (simbolizado por Krishna) en lo espiritual cuando despierta a la acción. Así lo describe este libro y es fácil ver cómo surgió la analogía:

«Si el fulgor de millares de soles brillase como una llama de una sola vez en el cielo, ni siquiera así sería semejante al esplendor de ese divino ser (...) Todo el espacio entre el cielo y la tierra ha sido inundado por ti en todas las direcciones; oh Señor, al ver tu maravilloso y terrible aspecto, los tres mundos tiemblan de miedo» (dice Arjuna); y luego, Krishna:

«Soy el terrible tiempo, destructor de todos los seres del mundo; aun sin tu intervención, todos los guerreros firmes en ambos ejércitos serán extinguidos».

Y este es el gran drama del guerrero. Y en el momento en que Oppenheimer había dejado de buscar el conocimiento puro de las leyes puras de la materia, en esto se había convertido, en un guerrero. Había tomado partido, luchaba contra las dificultades y todos los impedimentos, contra la ausencia de medios, contra el tiempo... Estaba forjando un «arma mágica» que iba a significar la muerte instantánea de centenares de miles de civiles (mujeres, ancianos y niños, más que soldados, por lo que bien podemos llamar a esto, como a la sucesión de ataques aéreos en la fase final de la guerra de Alemania, un genocidio), y la espada de Damocles sobre la Tierra entera y la civilización que podría volver a un punto cero durante decenas de miles de años. Como diría Platón, el oro cayó en la plata. El sabio se convirtió en guerrero y venció en su batalla.

El físico Isidor Isaac Rabi, luego nobel de Física, lo vio desde lejos, después de la explosión:

«Nunca olvidaré cómo caminaba, nunca olvidaré el modo en que salió del coche (...). Estaba en su apogeo (...). Caminaba como dándose aires. Lo había conseguido».

Quizás él como guerrero, y no ya como sabio, venció. Eliminó a todos los enemigos que le apartaban del objetivo, que era crear la bomba. Había cumplido la misión encomendada. El capitán había llevado el barco a buen puerto. Pero a buen puerto... de qué. Como filósofo (pues él no era militar, era un científico, un brahmán, por tanto, dentro de la genealogía hindú, un Drona, como en el Mahabharata, que es un brahmán convertido por necesidad en un kschatrya y que luego debe pagar por ello y servir con infinita angustia a una causa que no es la suya ni justa, pero a la que está vinculado por deber), ahora llega la conciencia, que le martiriza sabiendo el destino de los japoneses que sufrirán el impacto. Y, sin embargo —así es contradictoriamente el ser humano—, después de la prueba de Trinity está detrás de todos los detalles para que el suceso, como bomba en Hiroshima y Nagasaki, sea total, y máximos los daños inflingidos; no debe dejarse ningún detalle libre, la bomba debe causar la mayor destrucción posible, el mundo, además, debe verlo.



Bien, después de ser lanzada la bomba y de que le describieran los efectos, y sabiendo el post-guerra y los peligros futuros de la carrera armamentística nuclear —que Niels Bohr le hizo saber antes de Trinity—, cayó en una profunda depresión.

Si la ciencia está al servicio del progreso humano, como debe ser, ¿también lo está para cristalizar el poder de violentar a otros seres humanos, o de servir a oscuros intereses o locas ambiciones?, ya que eso en realidad no es progreso, sino regreso a la ignorancia y la animalidad. La guerra quizás forma parte de la vida humana, tal y como vemos en la naturaleza y en el mismo cuerpo humano, rechazando elementos extraños; pero ya desde la filosofía Nyaya en la India, casi mil años antes de Cristo, se enseñaba que cada ser humano es uno en sí mismo, pero que la humanidad entera es también un organismo, y un organismo no puede, no debe autoagredirse, por lo que los seres humanos somos «ciudadanos del mundo», estamos destinados a vivir en paz y armonía. No hacerlo viola la ley natural y genera dolor, angustia, opresión y vacío, dureza de corazón.

Curiosamente, los científicos, buscando levantar el velo de esta naturaleza y ver sus verdades íntimas, formaban una comunidad transnacional, pero... ¿estaba la humanidad preparada o debemos sufrir violentándonos los unos contra los otros, hasta que la conciencia racional vaya emergiendo como un sol desde el magma fluido de nuestras pasiones?

Es fácil pensar que Oppenheimer, dada su alma sutil y pacífica, haya hecho estas reflexiones antes de la bomba, o después, intentando exculparse, sintiéndose solo un brazo ejecutor del destino, justo como en el Bhagavad Gita se dice:

«Sé tu el brazo ejecutor (del Karma); aun sin tu intervención, todos ellos sufrirán su destino».





Lo que sí es cierto es que la caja de Pandora de la energía nuclear se abrió violentamente la madrugada del 16 de julio de 1945 y no va a ser fácil que los males desparramados retornen al cofre y que este sea solo de esperanza (el uso pacífico de los poderes del átomo, que es una fuente de energía ilimitada). Cada vez más países disponen de armas atómicas y construyen más y más a un ritmo frenético, como China. El desarme, iniciado con tantísimo tesón por Gorbachov, parece haberse congelado. El club nuclear crece: Estados Unidos, Rusia, China, Reino Unido, Francia, Israel, India, Paquistán, Corea del Norte y otros quieren desesperadamente pertenecer para no tener que arrodillarse ante los poderosos. Si mantener la paz con dos grandes armados nuclearmente fue extremadamente difícil (la llamada Guerra Fría), los factores de inestabilidad aumentan con el número de países que pertenecen al club VIP atómico (VIP, aunque algunos como Corea del Norte sean pobres como las ratas, con un salario de vida medio inferior a cien dólares por mes). Negros nubarrones cubren el horizonte, y para más inri, la sensibilidad humana es cada vez menor, anestesiados por una sociedad de consumo en su clímax y en sus estertores de muerte al mismo tiempo, como algunas arañas macho o la mantis religiosa tras el sexo con su compañera.

No podemos evitar el karma que hayamos generado o que estemos generando, pero sí, como decía el profesor Jorge Ángel Livraga en sus Apuntes de Filosofía, «facilitar el regreso kármico de los arquetipos, formas actuales y potentes que pongan en fuga la ignorancia, la miseria y la brutalidad; urge abatir la mentira entronizada en el mundo y liberar a los hombres de las formas esclavistas que hoy los sujetan, impidiéndoles divisar la belleza, el bien y la justicia». Allí comenzaremos a ver una luz al fondo del túnel.

Imágenes

Explosión (IA): PixelPerfect26589 en Pixabay

Bomba nuclear (IA): dlsdk cgl en Pixabay

Ilustración desastre nuclear (IA): dlsdk cgl en Pixabay

La hora del apocalipsis (IA): dlsdk cgl en Pixabay

Guerra nuclear en la ciudad (IA): dlsdk cgl en Pixabay

Conciencia de luz: Geralt en Pixabay



Abre la puerta es el primer tema del que, posiblemente sea el mejor disco español de rock progresivo. Así de rotundo. Sé que esta afirmación puede tener muchos partidarios, y también soy consciente de que mucha gente no estará de acuerdo. La mayoría de aficionados del rock habréis escuchado el primer disco de Triana, pero si hay algún «despistadillo», recomiendo que lo escuchéis; seguramente quedaréis atrapados por su belleza.

Aunque inicialmente el disco iba a llamarse *Triana*, es conocido popularmente como *El patio*, en honor a la portada, que representa a los músicos en un popular patio andaluz. Es casi obligada la visión del documental dedicado a ellos en el legendario Popgrama de Carlos Tena y Diego A. Manrique emitido en Televisión Española en 1979: https://www.youtube.com/watch?v=_FVeb5vSwcg.

No quiero desgranar musicalmente la canción, pues necesitaría un artículo completo. Simplemente es una maravilla, una auténtica obra maestra, no solo del rock español, sino del rock en general.

Hablar de rock progresivo en España en 1975 (fecha de publicación del álbum, aunque el grupo se formó un año antes) era casi una utopía. Sin embargo, los 70 fueron el embrión de grandes bandas que, de haber nacido en Manchester o Los Ángeles serían aclamadas en todo el orbe del r&r. No puedo mencionarlas todas, pero algunas como Bloque, Iceberg, Smash, Canarias, Atila, Imán, Máquina... tenían una calidad excepcional y, desde mi punto de vista, marcaron la edad de oro del rock progresivo español. Después llegó la famosa «movida» y el sueño se esfumó... Pero esa es otra historia.

Triana inició una forma de interpretar la música totalmente nueva, con claras influencias de la música flamenca y del rock progresivo de grupos como Pink Floyd o

King Crimson. Sin embargo, no fueron los primeros, pues el grupo Smash, unos años antes, ya había iniciado la fusión entre el rock y el flamenco.

Jesús de la Rosa (1948-1983) ha sido, sin lugar a dudas, el gran genio del rock en España. Su inconfundible voz, con ese deje flamenco que no se molestaba en reprimir (por suerte) y los matices que extraía a sus teclados junto con unas composiciones bellísimas, fueron el alma de Triana, con el complemento de Eduardo a la guitarra flamenca y Tele a la batería.

*Yo quise subir al cielo para ver,
y bajar hasta el infierno para comprender
qué motivo es
que nos impide ver
dentro de ti
dentro de mí.*

El comienzo nos invita a un viaje espiritual de mirar hacia el interior de uno mismo. Es un canto al poder del amor; nos habla de la vida y de los sueños que están por realizar. Y todas estas ideas están expresadas de una forma muy hermosa, poética.

Es un tema repleto de optimismo, habla de un nuevo amanecer, de vida, de ilusión:

*Abre la puerta, niña,
que el día va a comenzar.
Se marchan todos los sueños,
qué pena da despertar.*

Sin pretender dar una lección de historia, conviene recordar que en 1975 estamos en los últimos estertores de una dictadura de casi cuarenta años. La palabra *libertad* está



presente en la mayoría de los jóvenes de la época. Se respira esperanza en el futuro y también una cierta inquietud.

Sin embargo, el joven de la Transición es optimista, y cree que los nuevos aires de libertad serán fructíferos, también a nivel artístico y musical.

En el siglo XVII nace en Leipzig el filósofo, científico y político Leibniz. En su obra *Teodicea* aparece el concepto de filosofía del optimismo. En ella nos habla de la bondad de Dios, la libertad del ser humano y el origen del mal. Leibniz expone la idea del mal en un mundo creado por Dios, al que otorga las cualidades de creador, omnipotente, eterno y dotado de suma bondad. Con estas cualidades, Dios ha creado el mejor de los mundos. Sin embargo, es evidente que en el mundo existe dolor, enfermedad, guerras, injusticias..., es decir: el mal está presente.

Pero no podemos hablar de un Dios imperfecto, pues como él dice, es suma bondad y perfección, y ha creado el mejor de los mundos. La clave para explicar esta aparente injusticia es la libertad. En una creación sin defecto no habría posibilidad de elegir entre el bien y el mal y, por lo tanto, no habría libertad, sino que todo estaría predestinado. Por consiguiente, aunque existe una especie de predeterminación divina, esto no anula la idea de libertad. La voluntad de Dios no obliga, no hay determinismo. El ser humano es libre de elegir, y lo que él propugna como solución es encontrar la armonía en la acción. Del mismo modo que el universo es armónico y todos sus movimientos y acciones obedecen a la armonía, así la función del ser humano para contrarrestar el mal en el mundo es encontrar su propia armonía.

Un factor clave para lograr la auténtica libertad es lograr el dominio de uno mismo. Sin ese dominio es difícil ser libre. Seremos esclavos de nuestras debilidades, de nuestros egocentrismos, de nuestras ideas. De ahí que, para alcanzar una libertad duradera,





deberíamos saber controlar y manejar nuestro cuerpo, nuestros sentimientos y nuestras ideas. Y recordar que nuestra libertad no debe ser obstáculo para que los demás desarrollen su propia libertad. La libertad no entiende de fanatismos ni de intolerancias. No estamos solos en el mundo y nuestra libertad debe caminar de la mano de la libertad de los demás. Por eso hay una necesidad moral de vigilar las consecuencias que acarrearán nuestras acciones.

Han pasado cincuenta años de la creación de Triana y las circunstancias han cambiado bastante. Incluso planea una ola de pesimismo, de temor a una posible globalización de la guerra. Sin embargo, coincido con Leibniz en que estamos en el mejor de los mundos. Y también coincido con que tenemos la suerte de ser libres. Sin embargo, el concepto de libertad no es hacer lo que a uno le venga en gana (sin importar lo que afecten a los demás mis acciones). Tenemos la libertad de subir a nuestros cielos y bajar a nuestros infiernos para buscar los motivos que nos impiden ver la armonía dentro de nosotros mismos y dentro de los demás.

Prefiero la filosofía del optimismo que la resignación del pesimismo. Todavía hay esperanza en el ser humano y siempre podemos encontrar la belleza en una canción.

*Hay una fuente, niña,
que la llaman «del amor»,
donde bailan los luceros
y la luna con el sol.*

Imágenes

Música con corazón: Geralt en Pixabay

Águila : Klappe en Pixabay

Mujer sol: Colin 21 en Pixabay

En el bicentenario de la NOVENA SINFONÍA DE BEETHOVEN



M.^a Angustias Carrillo de Albornoz

El 7 de mayo de 1824, en el Teatro de la Corte Imperial de Viena, estrenó Beethoven su *Novena sinfonía*, *op. 125*, una titánica manifestación sin precedentes de su genio rebelde, que nunca aceptó límite alguno (ni siquiera el auditivo, el que más apreciaba y necesitaba como músico). En el mismo concierto se ofrecieron algunos fragmentos de su *Missa solemnis*, *op. 123*, que acababa de componer como confirmación de su fe religiosa y a pesar de la dolorosa amargura que sufría, aceptando la prueba más desmesurada y cruel a la que puede someterse un músico, como es quedarse sordo. Habían pasado diez años desde que estrenó la Octava y su audición era ya prácticamente nula. Sin embargo, él mismo quiso estar presente en la dirección de su última sinfonía, aunque tuvo que ser asistido por su amigo, el director de orquesta Ignaz Schuppanzigh. El éxito fue clamoroso y el público, enfervorizado, no cesaba de aplaudir, pero desgraciadamente, el compositor ya no podía escuchar el entusiasmo de los vieneses. La capital austríaca lo adoraba y siempre lo consideró como un hijo adoptivo: lo acogió como tal desde que llegó en su primer viaje desde Bonn tras la muerte de su querida madre, cuando solo contaba diecisiete años.

Beethoven vivió en Viena la mayor parte de su vida, y allí murió el 26 de marzo de 1827, a los cincuenta y seis años. Poco antes, en diciembre de 1826, había sufrido un enfriamiento por viajar en un carruaje descubierto, que degeneró en graves trastornos pulmonares y digestivos, padeciendo un verdadero suplicio en los últimos meses de su vida. El joven Franz Schubert quiso ir a visitarlo y, aunque apenas se conocían personalmente, deseó consolarlo y estar al lado de su maestro más querido en sus últimos momentos, llevándole algunas de sus obras. Así pudo Beethoven sentir la tierna y admirada emoción del que se sentía su discípulo, el que más se aproximó a él de sus contemporáneos, y comprobar su talento como compositor. Schubert no pudo contener las lágrimas durante la entrevista y Beethoven, cuando el joven se hubo marchado, comentó lleno de admiración: «Hay una llama verdaderamente divina en él».

Pero sigamos con nuestra conmemoración. El estreno de la *Novena sinfonía* dejó sorprendido al auditorio vienés, y no solo por su duración y magnificencia orquestal, sino porque incorporaba un nuevo elemento, hasta entonces nunca utilizado en las sinfonías, como era la voz humana. En el último movimiento, al final de la magna obra, el compositor hizo intervenir a cuatro solistas (el clásico cuarteto de soprano, contralto, tenor y bajo) y un amplio coro mixto, interpretando la *Oda a la alegría*, de Schiller. El contenido de este poema —inicialmente llamado *Oda a la libertad*— fue adaptado por Beethoven para ajustarlo a su música, convirtiéndolo en el famoso *Himno a la alegría*.

El genio de Bonn decidió incluir la palabra cantada para que la música se liberara un poco de esa «pesadez metafísica» de la que era consciente de que a veces se podía hacer insostenible para el público. La inclusión de la palabra no afectaba a la expresividad del anhelo de libertad, sino que, al contrario, posibilitaba la superación y la conciliación de la estructura musical dialéctica con el contenido poético de la palabra.

Hoy, doscientos años después, la *Novena* de Beethoven sigue siendo la más famosa sinfonía de cuantas se han compuesto en la historia, una afirmación musical definitiva sobre la igualdad y la libertad, la alegría y la fraternidad —la conciencia gozosa de compartir un mismo origen divino que nos hace a todos hermanos— y que, como soñaba Beethoven, debería regir la vida de todos los seres en todas las culturas y pueblos del mundo. Ninguna otra obra ofrece un mensaje semejante de manera tan profunda y a la vez tan bella, tan minuciosamente bien elaborada y tantas veces interpretada; tan conocida y tan familiar para todos los que la escuchan.

El poema de Schiller

Algunos biógrafos opinan que Beethoven había conocido, muchos años antes de componer la *Novena*, el poema de Schiller (probablemente en 1793), y que desde



entonces le seducía la idea de musicalizarlo. Pero no fue sino más de veinte años más tarde —en 1817— cuando esta idea comenzó a tomar una forma concreta en su privilegiada cabeza. Beethoven iniciaba su último período como compositor cuando escribe la *Novena sinfonía* y estaba ya, como es bien sabido, completamente sordo, lo cual no le impide concretar aquella idea que había concebido hacía tantos años de ponerle música al poema de Schiller. Su sueño era poder expresar en su obra los valores que consideraba más básicos para la convivencia humana, los tres principios que fueron el lema oficial de la Revolución francesa, como también la divisa para los masones del Gran Oriente de Francia: libertad, igualdad y fraternidad. Estas eran las normas que representaban para él el ideal de convivencia, las bases más fundamentales para crear un mundo nuevo habitado por una humanidad alegre y feliz. Eran también las leyes por las que Beethoven siempre se había regido a lo largo de toda su vida.

Este año 2024 celebraremos todos juntos el 7 de mayo —el mismo día que la estrenó su autor en Viena— el 200 aniversario de esta obra grandiosa con la que, cada vez que la escuchamos, nos sentimos identificados, con su mensaje amoroso hacia todos los seres humanos, sobrecogidos por la emoción y deseando que se haga realidad el sueño del compositor de unir a toda la humanidad en un estrecho abrazo de feliz fraternidad y concordia.

El *Himno a la alegría* es la adaptación del poema de Schiller. Beethoven hizo algunas pequeñas variaciones para acoplar el texto a la estructura musical del cuarto movimiento de su sinfonía, animándonos a todos a cantar y a compartir ese espíritu de alegría y fraternidad con todos los seres que pueblan la Tierra.

La *Oda a la alegría* había nacido como poema en 1785, de la mano del alemán Friedrich von Schiller (1759-1805), el gran poeta, historiador, filósofo y dramaturgo, encuadrado





dentro del clasicismo de Weimar junto con Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832). Schiller formaba parte también de la generación del «Sturm und Drang», literalmente traducido como «Tormenta e ímpetu». Este era un movimiento literario juvenil que surgió a finales del s. XVIII como reacción a la Ilustración —quizá una primera manifestación del Romanticismo alemán—, que reclamaba aquellos valores por medio de las artes. Beethoven fue uno de los primeros representantes de este arrollador movimiento tras decidir, bajo su propia responsabilidad, que había llegado la hora de romper con las reglas establecidas por el clasicismo de Haydn y Mozart.

El título original del poema era *Oda a la libertad*, pero fue censurado y tuvo que ser cambiado por el de *Oda a la alegría*. Beethoven, que compartía totalmente los ideales humanistas del poeta, adaptó el poema a la partitura y lo incluyó para darle un final apoteósico a su última sinfonía. La influencia musical y la importancia cultural de la *Novena* carecen de una medida común y son imposibles de describir con facilidad. La *Oda a la alegría* de Schiller era un mensaje universal de inspiración y de esperanza para todo el orbe.

El 19 de mayo de 1985, la Unión Europea adoptó la versión del director austriaco Herbert von Karajan del *Himno a la alegría* como himno europeo. Fue también el himno de protesta difundido en la Plaza de Tiananmen de Pekín en 1989, y el que sonó el mismo año para celebrar la caída del Muro de Berlín, en un concierto especial dirigido por Leonard Bernstein en el Schauspielhaus de la capital alemana. También el general Otto von Bismarck (1815-1898), responsable de la unificación de Alemania en el siglo XIX, lo utilizó para levantar la moral de su ejército. Fue utilizado igualmente por los españoles en 1931 en la proclamación de la Segunda República, y también por los nazis y luego por los fascistas italianos. Entre los años 1956 y 1964, en pleno contexto de la Guerra Fría, el Himno a la alegría representó tanto a la República Democrática Alemana (RDA) como a la República Federal Alemana (RFA) en los Juegos Olímpicos.



La partitura original de la *Novena sinfonía* de Beethoven, que se conserva casi completa en la Biblioteca Estatal de Berlín, fue declarada por la Unesco Patrimonio Cultural de la Humanidad en el año 2003.

Ludwig van Beethoven inició, en definitiva, una nueva era para la historia de la música, pues logró describir en sonidos los sentimientos más profundos del alma humana, que hasta entonces nadie había sabido expresar tan felizmente. Con él llegó a Europa la época del Romanticismo.

Grandes genios

Yo creo que a los grandes genios nunca se les llega a conocer realmente en profundidad ni en su verdadera dimensión. Por esto, aunque el hablar o escribir sobre Beethoven pudiera parecer a muchos un tema ya muy manido a estas alturas, o sea, que no vamos a descubrir nada nuevo por mucho que investiguemos y ahondemos en su trayectoria, creo que nos falta todavía mucho que descubrir para llegar, no ya a comprenderlo, sino tan solo a entrever un poco de su extraña y contradictoria personalidad, de su profundo ser interior, tan inmensamente rico y cargado de recursos para superar toda clase de adversidades.

Como anécdota, puedo contar que el mismísimo Herbert von Karajan, cuando hace ya unos años vino a Granada para actuar dirigiendo a la Orquesta Filarmónica de Berlín en el Palacio de Carlos V de la Alhambra durante los Festivales Internacionales de Música y Danza, interpretó la *Quinta sinfonía* de Beethoven, y comentaba luego en una entrevista que, después de llevar tantos años estudiando y dirigiendo esta famosa y conocidísima obra, y sabérsela prácticamente de memoria, estaba empezando ahora a conocerla y a comprender algo de lo que Beethoven quiso expresar con ella. ¡Cuánto

más no tendríamos que escuchar atentamente nosotros a Beethoven para poder trascender algo de lo que entraña el mensaje de toda su colosal obra! A él le tocó vivir una de la épocas más conflictivas de la historia que conocemos: finales del siglo XVIII y principios del XIX. Está a caballo entre dos épocas, y con su obra impresionante marca un hito en la historia de la música. Al igual que Goya a la pintura, Beethoven liberó a la música de su condición servil y de mero pasatiempo, de ser utilizada a lo largo de los siglos XVII y XVIII para entretenimiento de reyes y poderosos, para llevarla a las salas de conciertos y al hombre de la calle, colaborando así en los nuevos ideales de una época de transición total, y culminando la labor de sus predecesores Haydn y Mozart.

Beethoven recoge la herencia del genio de Salzburgo que, tras haber llevado a la perfección todas las formas clásicas, empieza a dar al final de su vida esa nota de emoción precursora del Romanticismo, dándole a su música un aliento más vital e íntimo. Mozart recrea los moldes, los lleva a la perfección sin abandonar las leyes inmutables de la armonía, mientras que Beethoven, por el contrario, decía: «Deseo aprender las reglas para encontrar el mejor camino de infringirlas». Esto nos da una idea de la dimensión de su genio rebelde e innovador, que le llevó a crear la nueva corriente del Romanticismo apuntada por sus maestros y que, tras él, continuaron otros grandes como Schubert, Schuman, Brahms, Chopin, etc, hasta culminar, años más tarde, con los dramas de Wagner y las sinfonías de Mahler.

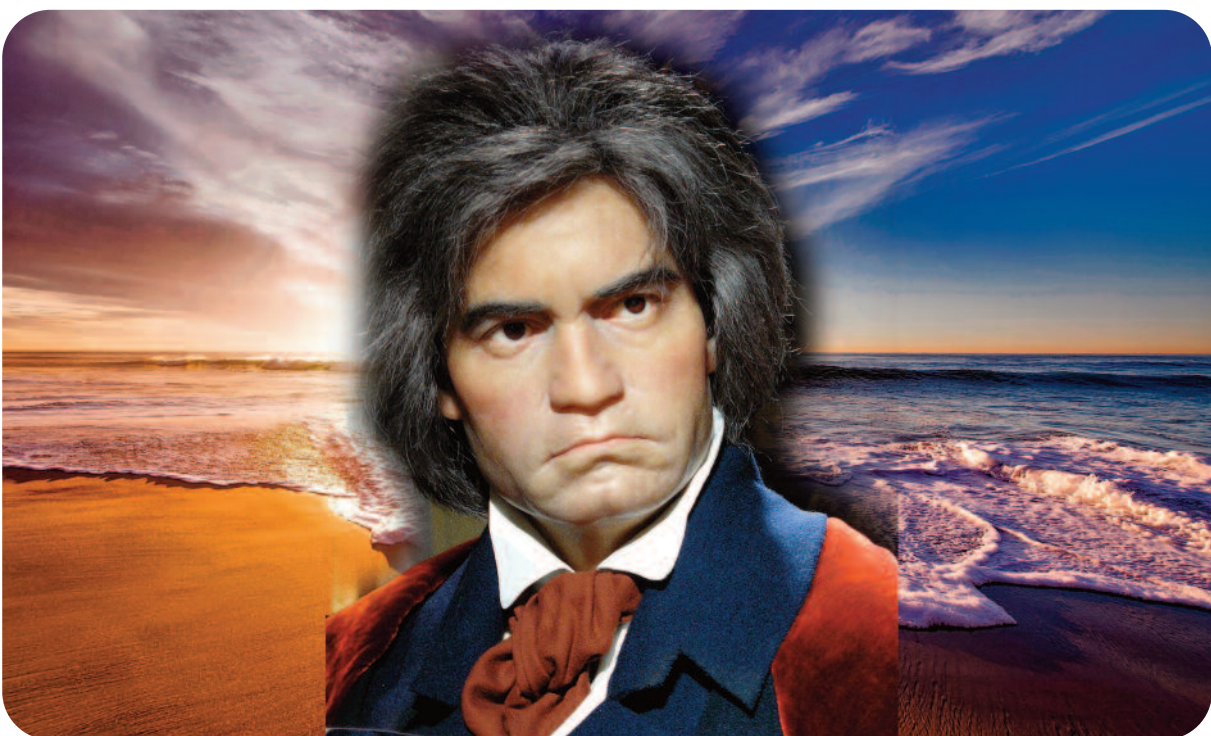
Su espíritu liberal y rebelde, cargado de un sentimiento trágico-idealista, se identificó enseguida con los ideales revolucionarios de la época: derechos humanos, independencia nacional, hermandad de una sociedad libre y feliz... Sus ideas se sublimaron en su genio creador, obligándole decididamente a abandonar los moldes clásicos y a buscar, con indudable acierto, nuevas formas que le permitieron avanzar ilimitadamente y alcanzar cotas increíbles para su época.



Si Mozart fue conservador y perfeccionista, Beethoven fue un revolucionario, un rebelde total y un idealista, plenamente consciente y seguro de lo que quería. Supo primero, como buen discípulo, aprender apoyándose en la sabiduría de sus maestros, para luego crear sus propios caminos y volar con sus propias alas.

Beethoven fue realmente un gran músico en el amplio sentido de la palabra, no solo un compositor genial. Fue también un virtuoso pianista y un verdadero maestro para sus numerosos discípulos. Se ganaba la vida tocando el piano cuando se instaló en Viena, haciéndole al instrumento numerosas innovaciones y pidiendo continuamente nuevas reformas a los constructores del entonces llamado clavicordio, hasta convertirlo en el piano actual, que da un sonido mucho más rico y totalmente distinto, por lo que se le empezó a llamar «piano-forte», precisamente por la posibilidad de hacer sonidos desde muy suaves hasta fortísimos, cosa que con el clave no era posible lograr. Esto le permitió en sus primeros tiempos ganarse la vida como intérprete dando conciertos, y también dar clases como profesor a las damas de la alta sociedad vienesa, en la que se introdujo así fácilmente, con lo cual no tuvo que depender del mecenazgo de ningún príncipe ni prelado, como le ocurrió al sufrido Mozart en Salzburgo con el despótico arzobispo Colloredo.

De su madurez evolutiva, plenamente consciente y responsable de dar a la humanidad, por medio de su música, un mensaje de amor; de su naturaleza profundamente bondadosa y emotiva, unida a una disciplina y rigor moral realmente titánicos, nos dejó constancia en su conmovedor Testamento de Heiligenstadt, escrito en el otoño de 1802. Atormentado por su sordera, sufrió una penosa crisis que le puso al borde del suicidio: «Tan solo el arte me ha contenido. Me era imposible dejar el mundo antes de haber creado todo aquello de lo que me siento capaz», afirmaba. Y al final de su escrito, asimilando las mismas enseñanzas que Sócrates inculcaba a sus discípulos, aconseja a sus hermanos Kart y Johann, a quienes iba dirigido el testamento: «Recomendad a





vuestros hijos la virtud: es lo único que puede daros la felicidad; ella y no los bienes materiales. Hablo así por experiencia personal. La virtud es lo que me ha consolado en mi sufrimiento. Gracias a ella y a mi arte no he terminado mi vida con el suicidio».

Si hoy podemos decir que la música es el arte más universal, se lo tenemos que agradecer a Beethoven, que hizo de ella un arte integrador y completo. Las peripecias de su vida, sus luchas, sufrimientos, temores y miserias no pudieron encubrir la grandeza de su alma, su generosidad sin límites, el dominio sobre las desventuras, su actitud heroica ante el destino y su fe en la libertad y la dignidad humanas, en la eternidad y en la belleza. Por ello, aunque su figura haya alcanzado las más altas cimas del arte, logrando con su música hacer la vida más agradable a miles de seres humanos, podemos asegurar, como decía Miguel de Unamuno, que Ludwig van Beethoven fue nada menos que todo un hombre. Un grande y genial hombre, cuyo interior, desgraciadamente, conocemos todavía muy poco y al que tenemos que seguir intentando comprender escuchando su música extraordinaria y maravillosa, para poder captar, a base de oírla atenta y repetidamente una y otra vez, lo que él nos quiso transmitir. Así quizás lleguemos a entender la grandeza de su alma y de su espíritu superior, esa chispa divina que todos llevamos dentro, y que es realmente lo que nos otorga nuestra condición de seres humanos.

Bibliografía:

Andrés Ruiz Tarazona: *Beethoven, el espíritu volcánico*, ed. Real Musical 1975.

Jan Swafford: *Beethoven*, ed. Acantilado, 2014.

Imágenes

Partitura y lavanda: Frauke Riether en Pixabay

Hombre en la playa: Pexels en Pixabay

Figuras artísticas de Beethoven: Valdas Miskins en Pixabay

Violinista en el mar: Geralt en Pixabay

EL LENGUAJE como arma de defensa



Esmeralda Merino

El lenguaje: algo asombroso

La vigente Gramática de la lengua española menciona en su prólogo una cita de Rodolfo Lenz: «La gramática que se necesita para hablar es tan inconsciente, tan ignorada del que la aplica, como la lógica de Aristóteles o de Santo Tomás puede ser ignorada de cualquier mortal que habla y piensa lógicamente»¹. Acto seguido, se nos invita a la reflexión sobre el idioma y el lenguaje mismo como patrimonio individual y colectivo.

Efectivamente, el lenguaje es algo asombroso.

Recuerdo con una sonrisa una anécdota de infancia, cuando una vecina de mi pueblo recibió en su casa a unos parientes lejanos franceses, un matrimonio con una niña de tres años. Cuando la niña se dirigía a sus padres, mi vecina exclamaba asombrada: ¡qué bien habla el francés!

Sí, los niños son capaces de percibir pronto la lógica del lenguaje, y aunque contemplamos con indulgencia los balbuceos de nuestros hijos, el observarlo desde un idioma diferente nos hace apreciar lo meritorio que resulta.

Muy pronto, los pequeños adoptan las relaciones sintácticas que no entienden, pero que aplican con rigor. Por eso dicen «yo no cabo», en lugar de «yo no quepo». Con ello, los adultos disfrutamos merced a sus peculiares normas gramaticales —perfectamente entendibles—, e incluso estamos tentados de darles la razón a la hora de elegir cuál es la mejor fórmula. «El rasgo principal del desarrollo del lenguaje infantil no es la creación original, sino la asimilación creadora»².

¹ Nueva gramática de la lengua española. RAE, ASALE, 2009-2011.

² Lo trágico / El lenguaje. Karl Jaspers. Hybris. 1995.

Y así, en una gran paradoja, adquirimos una competencia lingüística que consiste en que hablamos y nos entendemos aunque no sepamos por qué hablamos como hablamos. Inconscientemente, somos poseídos por las leyes del idioma, y sin necesidad de esfuerzo, nos expresamos continuamente intercambiando mensajes con otros humanos que entienden lo que decimos y a los que entendemos cuando hablan, independientemente de que conozcamos las concordancias de las palabras y las conjugaciones de los verbos.

«Esa facilidad de la inteligencia del ser humano, capaz de deducir unas reglas que nadie le explicó aún, se extiende después a su competencia para acumular en el inconsciente los valores de cada término»³. Somos conducidos y dominados imperceptiblemente por el lenguaje y por la forma que ha adquirido. Podemos expresar de forma original lo nuevo, simplemente mediante el movimiento y el orden de las frases. En unos casos será la estructura de la oración; en otros, la interpretación nueva de palabras viejas; y, en otros, el ritmo o el tono.

El milagro de hablar y entendernos

Dice Emilio Lledó que el lenguaje, en cierto sentido, tiene que ver con nuestra forma de visibilizar el mundo, con «nuestra íntima forma de iluminación»⁴, porque, de la misma manera que sin los ojos no veríamos, sin la luz de las palabras no podríamos entender. No solo nos descubrimos e interpretamos a nosotros mismos en ese murmullo interior donde nuestra vida nos habla, sino que el lenguaje nos permite salir al mundo exterior y relacionarnos con otros seres. «Si no tuviéramos las palabras, no solo sería un silencio terrible; también sería una oscuridad interior, un apagón del ser deslizado ya hacia la nada, una insipiencia, una inconsciencia insuperable»⁵.



³ *La seducción de las palabras*. Álex Grijelmo. Taurus, 2000.

⁴ *Identidad y amistad*. Emilio Lledó. Taurus, 2022.

⁵ *Ibidem*.

Jaspers afirma que experimentamos y comprendemos lo que actualizamos en el lenguaje: las cosas aparecen súbitamente ante nosotros cuando las nombramos.

«El lenguaje es de algún modo el lugar en que se conserva el saber adquirido, el sentimiento aclarado y el querer esclarecido. Es como la cámara del tesoro del conocimiento adormecido que el hablante puede reanimar en cualquier momento. El lenguaje proporciona los puntos de apoyo para el progreso del conocimiento, pues amarra lo alcanzado por el pensamiento. El recuerdo, consumación, síntesis y progreso del conocimiento se realizan gracias al lenguaje»⁶.

Pensándolo bien, ¿cómo conseguimos reconocer las palabras? No es tan sencillo como parece, como comprobamos cuando queremos aprender otro idioma. ¿Dónde empiezan y acaban las palabras? Si oímos «VAN-A-romPER-LA-pared», no solo accedemos a las palabras de la frase, sino a otras falsas, como «vana» y «perla». En este sentido, la psicolingüística nos describe cómo anticipamos el significado y reconocimiento de una palabra según el contexto y cómo, más que reconocerlas, se activan en nosotros.

Las sutilezas del lenguaje hacen que un solo fonema evoque en nosotros un mundo diferente de significados, como entre «bata» y «lata» o entre «púlpito» y «pulpito». Acabamos aprendiendo palabras que utilizaremos muy poco en la vida, y al oírlas, somos capaces de distinguirlas de otras 60.000 que conocemos.

Cuando un niño descubre lo que significa un verbo, parece que tiene claro quién-hace-qué-a-quién, y distingue entre «papá sonríe a mamá» y «mamá sonríe a papá». Los verbos requieren la apreciación de que los hechos son estructurados, es decir, de que hay cosas que causan otras cosas.



6 Karl Jaspers, ob. cit.



Sin embargo, esto no es todo. Después de pasarnos la vida aprendiendo significados y gramática, a menudo podemos expresarnos ignorando ambos aspectos. Esta distinción entre el significado que se transmite y los medios que se usan lo ejemplifica muy bien el personaje de Jabberwocky, de Lewis Carroll, en *A través del espejo*:

«Barraba y las longas váparas
girosqueaban los limazones;
las borogovas mismas eran,
y las radas momas tones»⁷.

Aspecto creativo del lenguaje

La faceta creadora del uso del lenguaje es la capacidad de expresar pensamientos nuevos y entender expresiones enteramente originales. El lenguaje que usamos es, en sí mismo, innovador. El número de oraciones que podemos entender sin dificultad es astronómico. Hacemos combinaciones infinitas con medios finitos para expresarnos, y somos capaces de generar nuevos pensamientos y manifestarlos correctamente de una forma inédita, que supera la experiencia previa que teníamos antes de enunciarlos.

Noam Chomsky menciona a Juan Huarte de San Juan, un español del siglo XVI que reflexionaba sobre la palabra «ingenio», que en el castellano de su época describía la inteligencia, y que está emparentado etimológicamente con los verbos «engendrar» o «generar», lo cual sirve a Chomsky para relacionar la potencia generativa del entendimiento con el lenguaje⁸.

⁷ Citado por Gerry T. M. Altmann en *La ascensión de Babel*. Ariel, 2002

⁸ *El lenguaje y el entendimiento*. Noam Chomsky. Seix Barral, 1971.



En el mito de Babel —donde se confundieron todas las lenguas, por cierto— la torre es levantada con numerosos pisos. El significado de las palabras y el uso de las frases tiene también distintos niveles, todos interdependientes y relevantes. La ironía y el sarcasmo son ejemplos de que el significado literal de las palabras no siempre es el real. Podemos decir «aquí llega el puntual» para referirnos a alguien que tiene el hábito de llegar tarde o «qué buena suerte tengo» cuando perdemos el metro por dos minutos. La existencia de decenas de figuras retóricas evidencia la complejidad que pueden alcanzar estas capas del lenguaje.

Dentro de estos niveles, debemos señalar uno genuinamente humano, que es donde el lenguaje se vuelve simbólico y adquiere carácter universal e inequívoco. Según Jaspers este nivel permite que los objetos puedan ser conocidos de manera idéntica por cualquier inteligencia y conservar el mismo contenido en sucesivas repeticiones. Fátima Gordillo nos explica que el símbolo no le habla a nuestra parte lógica y, por ello, los textos y relatos que alcanzan nuestra conciencia profunda usan siempre el lenguaje simbólico, con velos y metáforas que ocultan a primera vista su profundidad. Es este lenguaje el que añade una dimensión a la realidad objetiva, la verticalidad, estableciendo relaciones que van más allá de lo racional entre los diferentes niveles de la existencia.

«El lenguaje simbólico (...) prescinde (...) de la separatividad y disección que caracterizan a la mente racional, e introduce a través del pensamiento un cabo por el que escalar hacia esa otra región de la mente en la que todos podemos entendernos, en la que (...) todos compartimos la experiencia humana, la preocupación por las personas que amamos, el dolor, el temor ante el misterio de la muerte y la vida, la inquietud por el destino, la enfermedad, la vejez y la pregunta eterna y necesaria de si hay una razón para todo esto»⁹.

⁹ *Ensayo sobre las palabras*. Fátima Gordillo. Ediciones Obelisco, 2022.

No en vano, las tradiciones antiguas nos hablan de que la aparición del lenguaje marcó un hito en la evolución humana al coincidir con la adquisición de una capacidad mental que supera la etapa animal¹⁰.

El lenguaje acerca lo distante

«El logos es la posibilidad de arrancar al hombre del horizonte de la inmediatez. Para ello se precisa la creación de un universo “ausente”»¹¹. Reducir la distancia de las cosas con el lenguaje significa que podemos hablar de lo que opinamos, lo que deseamos o lo que imaginamos, que podemos dirigirnos conceptualmente a un objeto lejano, y que las palabras nos sirven para referirnos a cosas que vemos y a otras que no vemos, que tal vez sucedan en el futuro o que ya ocurrieron en el pasado. Podemos nombrar algo que nunca nadie ha visto o definir cosas abstractas que no tienen forma material, como la justicia, Dios, la muerte o el valor.

Este espacio abstracto por el que podemos transitar con el lenguaje es un mundo «construido» que podemos compartir, o ser partícipes de lo construido por otros. Si oímos que «el centauro alado cabalgó por un cielo ardiente», podemos construir un modelo mental de cómo sería el mundo si existieran centauros alados o si el cielo ardiera.

Pero lo distante tiene también en el lenguaje otra forma de hacerse presente: lo escrito. El lenguaje escrito, al ser comprendido, se convierte en una mezcla de presencia y ausencia, de memoria y olvido, y su lectura «nos lleva por los vericuetos de sus conexiones, de su sintaxis, a un territorio que solos jamás habríamos podido alcanzar»¹². La escritura proyecta hacia el futuro lo que contiene, conecta tiempos separados y recrea realidades con las que no convivimos físicamente. Sócrates «existe» porque Platón lo atrapó en un lenguaje escrito que todavía habla con nosotros.



10 *La doctrina secreta*, tomo III. H. P. Blavatsky. Kier, 1994.

11 *El silencio de la escritura*. Emilio Lledó. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1992.

12 *Ibidem*.

El lenguaje escrito, además, ejerce de memoria colectiva y nos explica el mundo que conocemos a través de los pasos que dio para llegar a ser como es. Lo que somos y cómo actuamos individualmente se sostiene y entiende por el fondo de lo que hemos sido anteriormente. Y lo mismo sucede a nivel de conjunto: «la tradición que encauza y entrega, en la escritura, la voz de la historia llega también a convertirla en eco repetido y distante»¹³, y de este modo crecemos y nos entendemos como una humanidad que es fruto resultante de un pasado.

El lenguaje no solo transporta la historia, sino que es el vehículo viviente que utiliza la cultura para transmitirse como un caldo de cultivo acumulado que permite emerger las personalidades individuales de cada civilización en un escalón ya conquistado. Si el lenguaje se pierde o se pervierte intencionadamente haciéndolo confuso, se crea un agujero en medio del puente que dificulta el paso entre las dos orillas o, directamente, lo impide.

«Las palabras (...) traen antes la semilla de una herencia cultural que trasciende al individuo»¹⁴. Cada uno de nosotros hereda las palabras de su idioma materno y también las ideas contenidas en ellas. De esta forma, generación tras generación, las palabras van acumulando la riqueza de cada momento y se encadenan de forma resistente al hilo que va traspasando el tiempo. La historia de todas las épocas va añadiendo contextos a las palabras, y sus significados impregnan nuestro pensamiento. «El lenguaje estructura el pensamiento, pero el idioma lo orienta»¹⁵. El sentido de las palabras va indicando un horizonte de ideas y de sentimientos hacia donde nos llevan. «La memoria del pasado tenía que encontrar los cauces, los caminos que condujeran a cada presente»¹⁶ y utilizó el lenguaje como medio. Hay vínculos que nos atan a las palabras en las que hemos aprendido a pensar y a sentir. Es una herencia social en la que amanecemos instalados.

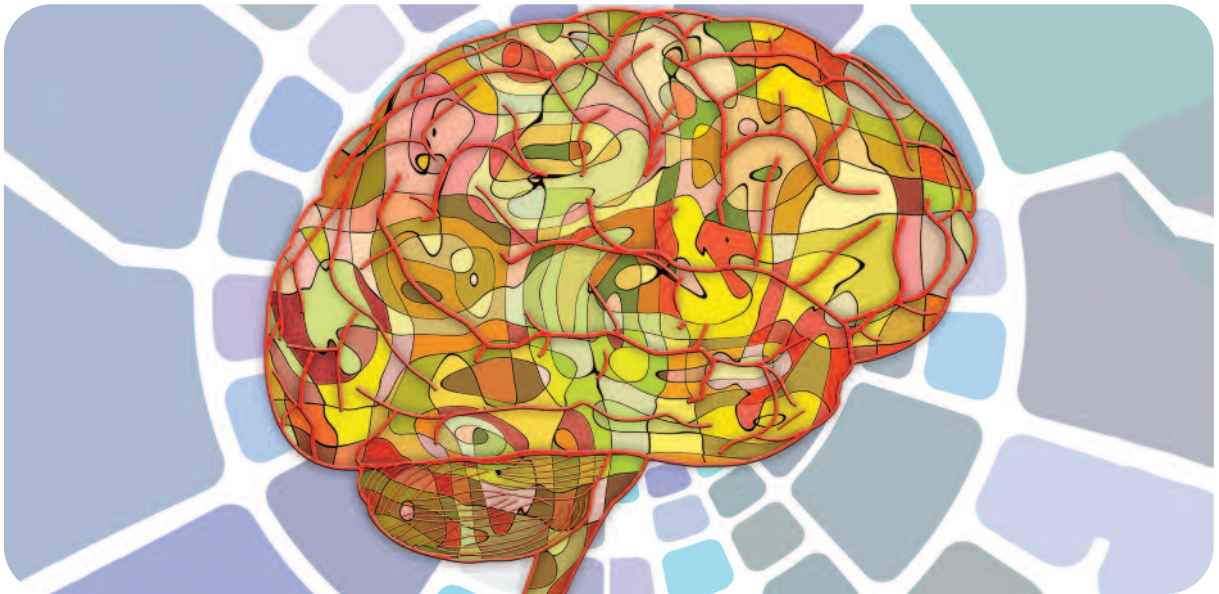


13 *Ibidem*.

14 Álex Grijelmo, ob. cit.

15 Fátima Gordillo, ob. cit.

16 *El silencio de la escritura*. Emilio Lledó, ob. cit.



Germen del pensamiento

«Son las palabras los embriones de las ideas, el germen del pensamiento, la estructura de las razones»¹⁷. Grijelmo afirma que el lenguaje no es un producto, sino un proceso psíquico, ya que procede de un encadenamiento de la razón. «Todo el idioma está integrado por un cableado formidable del que apenas tenemos conciencia, y que, sin embargo, nos atenaza en nuestro pensamiento (...); y la manera en que percibimos estos vocablos, sus significados y sus relaciones, influye en nuestra forma de sentir. Y así se extiende nuestro campo de palabras, así estarán lejanos o próximos entre sí los límites de nuestra capacidad intelectual»¹⁸. El hecho de que los circuitos de las palabras activen a su vez los circuitos de los sentimientos constituye un punto importante.

El pensamiento debe de estar amarrado de algún modo al lenguaje, nos dice Jaspers. Las palabras nos permiten acceder a conceptos y representaciones de los que no disponemos directamente: «El valor de las palabras no está en lo que encierran, sino en lo que liberan», afirma Jorge Ángel Livraga¹⁹.

El don del lenguaje hace que el significado se vaya tornando claro para nosotros, y mientras nos dirigimos a él, se origina y transforma el lenguaje con que lo apresamos, permitiendo experimentar con cada clarificación un nuevo impulso. «Es necesario seguir la secuencia de pasos mentales, articulados de forma que cada uno se base en los demás, para concebir aquellas cosas que no hacen acto de presencia ante ninguno de ellos aisladamente. (...) En cada paso de la conciencia, centellea un rayo de atención que nos permite percatarnos de algo. Vamos de una representación a otra, de una a otra idea, volvemos al punto de partida, comparamos, establecemos relaciones. La sucesión de actos organiza lo que se podrá pensar posteriormente en un acto único apoyado en la disposición de lo previamente pensado. Lo que el hombre no pueda comprender en un acto no existe para él»²⁰.

17 Álex Grijelmo, ob. cit.

18 *Ibidem*.

19 Jorge Ángel Livraga. *Ankor, el último príncipe de la Atlántida*. Ed NA, 2007.

20 Jaspers, ob. cit.



Parece evidente que no podemos salir psicológicamente del lenguaje, y que hay una relación entre la claridad, la exactitud, la conciencia y el lenguaje mediante el cual pensamos. Sin embargo, Jaspers puntualiza que no hay identidad entre lenguaje y pensamiento, sino solo sujeción recíproca.

Para Lledó, el lenguaje que poseemos «va creando un cauce donde se constituye y sustancia el fluir del pensamiento. Este discurrir origina la reflexión y, con ella, ese inagotable tesoro del pensamiento abstracto que da forma al fondo personal y que ofrece, al mismo tiempo, cobijo y sentido a todo lo que, como en el mito platónico de la escritura, nos llega desde fuera»²¹. Advierte este autor que la proliferación de imágenes que hoy nos inunda tiene la capacidad de aniquilar el sistema de resonancias que ha creado el lenguaje y necesita, más que nunca, del contrapeso de la «intimidad abstracta» que la reflexión nos permite. No basta con ver las cosas, hay que organizar la experiencia en un mundo intermedio entre la mente y los objetos, y de esta forma, convertirlos en objetos mentales, que a su vez organizan nuestra exterioridad.

Pero es hora de añadir que «debemos tener muy en cuenta que los esquemas mentales no son un mero esqueleto vertebrador del pensamiento; son estructuras mentales que orientan la vida intelectual, volitiva y sentimental del hombre de forma muy precisa»²². Es decir, inteligencia, voluntad y amor, tres categorías que traspasan y definen lo que puede dar de sí un ser humano, están relacionados de manera importante con el lenguaje. Por eso es crucial identificar a quienes utilizan con astucia los recursos del lenguaje «para que las personas orienten de forma inadecuada su modo de pensar, sentir y querer, pero no caigan en la cuenta de que con ello ponen en juego el sentido de su vida»²³.

²¹ *El silencio de la escritura*. Emilio Lledó, ob.cit.

²² *La revolución oculta*. Alfonso López Quintás. Ed PPC, 1998.

²³ *Ibidem*.

El equipaje de las palabras

Las palabras evocan. Además de su propio significado, adquieren otros dentro de las frases, dichos y refranes, y de estos usos se va empapando el idioma. El lenguaje que recibimos no solo nos trae palabras, sino estructuras. A través de los siglos, gracias a multitud de obras escritas, se esparcen imperceptiblemente fórmulas de lenguaje (aposiciones, omisiones, vínculos entre palabras, etc.), y todos vamos heredando sus recursos, sus usos y sus pensamientos implícitos, añadiendo acepciones y matices. De este modo, las palabras van acumulando poder.

No se trata solo del poder evidente del lenguaje, sino de ese otro que pasa inadvertido: el sentido subliminal, subyacente, semioculto. Ahí reside su fuerza, porque el oyente no la conoce. Las palabras influyen. «El hombre urbano ya no siembra, probablemente jamás ha visto sembrar; y, sin embargo, utiliza ese verbo con intención seductora porque lleva prendidas en él todas las alegorías de la cosecha»²⁴.

Las palabras son históricas y se desarrollan con el uso. Están repletas de connotaciones y, cuando se combinan, generan mensajes entre líneas que vadean los razonamientos y llegan directos al receptor, que no opone ninguna resistencia. Su latente riqueza significativa está dispuesta a despertar en cualquier momento. Si usamos sufijos despectivos (camastro, tipejo, pajarraco, pueblucho) alcanzaremos de lleno el inconsciente del otro sin arriesgar nada, porque no son insultos ni resultan malsonantes, pero tienen un efecto inmediato en la percepción del objeto mencionado por parte del oyente. De esta manera, los vocablos se van cargando de sentidos ocultos, soterrados pero eficaces, y de este carácter encubierto derivará una percepción verdadera o tergiversada de la realidad según sean utilizados por el emisor y analizados por el receptor.



24 Álex Grijelmo, ob. cit.

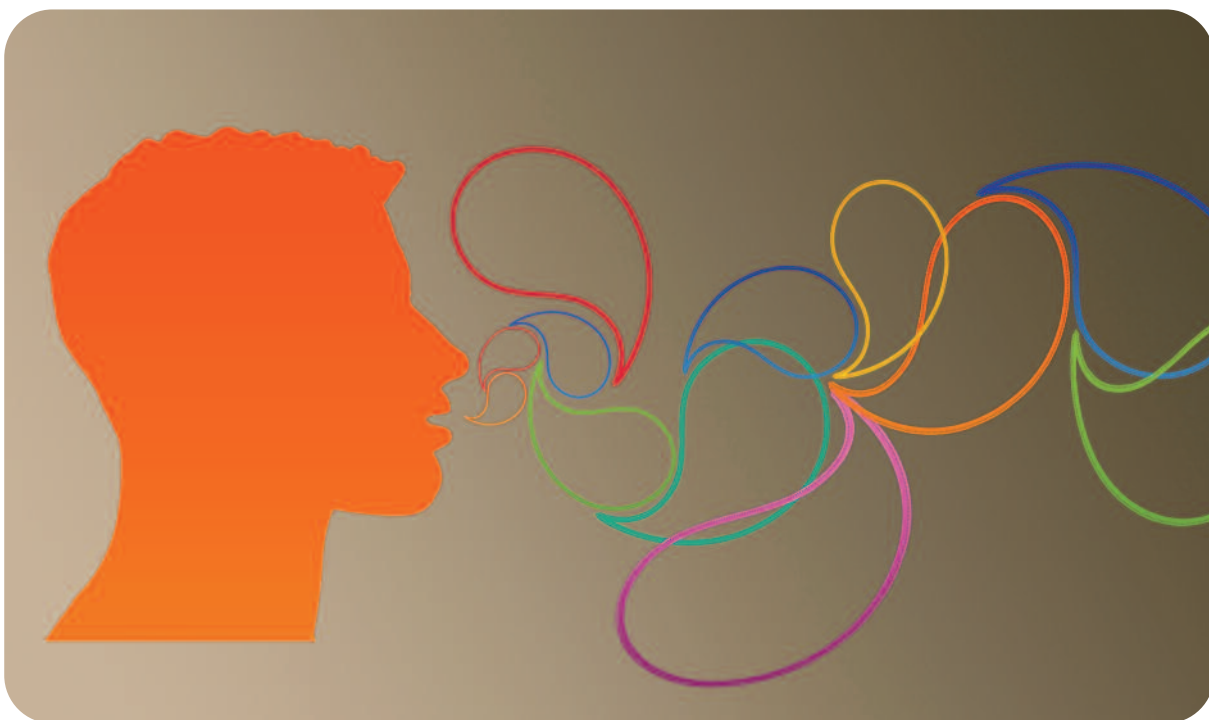
«La palabra pronunciada es la punta de un témpano majestuoso que se esconde bajo la superficie del agua»²⁵. Hasta las partículas aparentemente secundarias del lenguaje, como las conjunciones o las preposiciones, retratan el pensamiento: «Es extranjero, PERO trabajador». El «pero» delata nuestros juicios. Las frases se convierten en desfiles de metáforas, hipérboles y metonimias que funcionan como monedas de valor, pero su uso prolongado desgasta su troquelado; de ahí la necesidad de volver de vez en cuando a ellas para recuperar su brillo.

Modificar el lenguaje, ¿para qué?

«La seducción de las palabras (...) no se dirige a la zona racional de quien recibe el enunciado, sino a sus emociones. Y sitúa en una posición de ventaja al emisor, porque este conoce el valor completo de los términos que utiliza, sabe de su perfume y de su historia, y, sobre todo, guarda en su mente los vocablos equivalentes que ha rechazado»²⁶. El lenguaje adulterado actúa despóticamente sobre otros sin pasar por la inteligencia, ya que los conceptos precisos son sustituidos por consignas cargadas de emotividad.

Cuanto más amplio es el campo semántico, más se puede adaptar a la interpretación de cada oyente. Si alguien nos dice que «sucederá algo terrible», será terrible para cada uno porque cada uno elegirá lo que es terrible para él en concreto, sin necesidad de que el emisor lo delimite.

Los mensajes de tipo político o económico usan a menudo metáforas mentirosas. No suena igual decir que «hubo daños colaterales» que manifestar que «hubo fallecidos civiles por mala puntería». A veces, son evidentes las desviaciones de sentido intencionadas de algunas expresiones, como llamar «trabajador fijo-discontinuo» a



²⁵ *Ibidem.*

²⁶ *Ibidem.*



alguien que no tiene un trabajo fijo o denominar «posverdad» a lo que se caracteriza por alejarse de la verdad. Y muchas frases grandilocuentes no dicen nada: «Dados los condicionamientos existentes, la realización de las premisas del programa ayuda a la preparación y a la ejecución de las nuevas proposiciones». Hay otros trucos que se basan en nuestras percepciones: nos parece mayor una extensión de mil metros cuadrados que otra de cuatro hectáreas, por ejemplo. «El engaño se amuralla, en el centro del lenguaje, como un dique en el que acaban su curso y su fluencia»²⁷, dice Emilio Lledó.

Podríamos preguntarnos por qué en los últimos años, en muchos países, se intenta modificar el lenguaje desde las altas esferas estigmatizando a quien advierta del vaciado histórico de las palabras que esto supone. El añadido de connotaciones modernas a palabras que nunca tuvieron esos matices provoca que analicemos obras escritas no muy lejanas en el tiempo asignándoles prejuiciosamente unos valores que nunca pretendieron sus autores. No se trata solo de la ilógica censura y modificación de textos relativamente modernos, sino que leemos sobre otras épocas y catalogamos sus sociedades según el nuevo significado que hemos inventado para algunas palabras. Por poner un ejemplo sencillo: quien ha sido educado en el lenguaje inclusivo tendrá dificultades para entender que cuando los filósofos de hace un siglo se referían al «hombre» no pretendían agraviar a las mujeres, sino que hablaban del «ser humano», y además, nadie se ofendía por ello (las discriminaciones no se buscaban en el lenguaje).

López Quintás alerta del vaciado espiritual (entendido como lo opuesto a lo material) de la sociedad moderna que, en su opinión, se opera a través del lenguaje de forma premeditada, ya que al utilizar las palabras con un determinado sentido, se puede modelar una forma peculiar de ver la existencia.

«De ahí el interés en transmutar el lenguaje para quebrar su nexo con el pasado y despojarlo de la riquísima herencia que alberga y transporta. Alterado el lenguaje, que



es fuente de alimento espiritual para el hombre (...) [se inicia] la fase segunda de la manipulación: la troquelación de un lenguaje nuevo, adecuado a la mentalidad que se intenta inocular. Un lenguaje simplificado, banalizado, empobrecido, falto de recursos se torna incapaz de comunicar a los hombres la multitud de matices que presenta la realidad»²⁸. El sofista moderno pone a su servicio los recursos expresivos del lenguaje, en lugar de ponerlos al servicio de la verdad.

Nuestro lenguaje como arma de defensa

El lenguaje puede convertirse en herramienta de manipulación, pero, por las mismas razones, también es un arma de defensa contra las desviaciones involuntarias de nuestro pensamiento. Conociendo el veneno, podemos fabricar el antídoto. Pensar bien, es decir, utilizar nuestro discernimiento, no es algo automático, hay que educarse. El criterio va asociado al lenguaje.

Las palabras sirven para persuadir y para disuadir, y el grado en que lo consigan dependerá de que el receptor las descodifique e interprete. Vivimos en una sociedad en que los medios de comunicación, en su mayor parte, solo reproducen de forma acrítica lo que se desea difundir desde determinadas esferas. Y, como señala Lledó, muchos de nosotros, a fuerza de escuchar hasta la saciedad determinadas palabras, «empezamos a dejarlas escurrir por nuestra mente sin preocuparnos de lo que quieren decir y a lo que nos comprometen»²⁹. Nuestro objetivo, como decían los antiguos filósofos, es la vida buena, y esta requiere pensar, hablar y actuar dirigiéndonos hacia el bien. «No somos, realmente, como seres humanos, si hemos perdido la mirada, si hemos perdido, en las palabras, la luz y la reflexión que nos transforma en sujetos conscientes»³⁰.

En el lenguaje podemos encontrar el primer contraste entre verdad y mentira. Por eso

28 *La revolución oculta*. Alfonso López Quintás, ob. cit.

29 *Identidad y amistad*. Emilio Lledó, ob. cit.

30 *Ibidem*.

la primera ley del demagogo es no matizar los conceptos, ya que —como dice Jaspers— la polisemia origina engañosos desplazamientos del sentido. La inconsciencia en el uso propio y ajeno del lenguaje nos impide percatarnos de cómo nos conducimos y cómo somos conducidos. Cuando no examinamos los conceptos y objetos que expresan las palabras —algo habitual en el ritmo acelerado en el que estamos inmersos—, podemos tropezarnos a la hora de entender el mundo y a nosotros. Solo la reflexión nos permite llegar al trasfondo de los sucesos.

«El manipulador destruye vocablos, los despoja de sentido, altera su significado tradicional para que las gentes no tengan acceso a ciertas vertientes de la realidad. Depauperar el lenguaje equivale a adormecer las conciencias, desmemoriarlas, embotarlas»³¹. El estar sobre aviso nos permite descubrir la estrategia del lenguaje y evitar el aturdimiento que puede producir.

Cuando las personas se vuelven más conscientes, se enriquecen mutuamente y pueden ensamblar sus ámbitos de vida con un fin de mejoramiento. En cambio, la reunión inconsciente solo genera una masa, un montón amorfo de individuos que actúan chocando como objetos fácilmente dominables.

«Las personas, cuando tienen ideales valiosos, convicciones éticas sólidas, voluntad de desarrollar todas las posibilidades de su ser, tienden a unirse entre sí solidariamente y estructurarse en comunidades. Debido a su interna cohesión, una estructura comunitaria resulta inexpugnable. Puede ser destruida desde fuera con medios violentos, pero no dominada interiormente por vía de asedio espiritual»³².

Desentrañar las trampas del lenguaje equivale a prevenir sus males. Los mecanismos de defensa se relacionan directamente con nuestra capacidad de reflexionar sobre el lenguaje que usamos y con nuestro propio dominio del idioma.

«Estamos ante el reinado de lo trivial, por no decir de lo grosero, de las cosas efímeras, destinadas a ser renovadas rápidamente, porque la novedad reemplaza el deseo de conocimiento. Estamos soportando, tal vez, el exilio de la palabra bien empleada, porque es un arma muy poderosa en quienes saben pensar, hablar, escribir, expresarse bien. ¿Acaso se ha perdido del todo el valor de la palabra, del saber hablar y escuchar, el silencio tranquilo y reflexivo de la lectura? No lo creemos así»³³.

Imágenes

Siluetas y globos / Linterna en la oscuridad / Ordenador y libros / Unicornio / Pasado y futuro / Ilustración cerebro / Ilustración libros y globos / Ilustración gente-globos: Geralt en Pixabay

Cofre de luz: Florencia Fortelli en Pixabay

Niños: Syaibaul Hamdi en Pixabay

Mujeres conversando: Fernando Zhiminaicela en Pixabay

³¹ *La revolución oculta*. Alfonso López Quintás, ob. cit.

³² *La palabra manipulada*. Alfonso López Quintás. Rialp, 2015.

³³ *Filosofía para vivir*. Delia Steinberg. Ed NA, 2005.



Se nos describe la sociedad griega clásica como una sociedad patriarcal y muy machista, en la que las mujeres estaban sometidas a sus maridos, sin derechos, sin vida pública, y sin más relevancia que la de ser madres de los ciudadanos.

En los diálogos de Platón solo aparecen personajes masculinos como contertulios de Sócrates. Los nombres de cada diálogo se refieren, por lo general, al tema tratado y al principal oponente de Sócrates en el diálogo: *Fedón, o del alma, Critias, o la Atlántida, Timeo, o de la Naturaleza*, aunque algunos de los más importantes escapan a este esquema: *Apología de Sócrates, El banquete, o del amor, La República, o de la justicia, Las leyes, o de la legislación...* Sin embargo, podemos seguir a lo largo de estos diálogos el concepto que Platón y Sócrates tienen de las mujeres griegas, concepto que podemos contrastar con los textos de otro contemporáneo de ambos, Jenofonte (431-354 a. C.), también discípulo y biógrafo de Sócrates.

¿Cuáles son estas mujeres que vemos en los diálogos de Platón? Empezando por las más cercanas a Sócrates, tenemos a su madre, Fenareta, y a su esposa, Jantipa. Apenas son nombradas en un par de diálogos, pero es evidente su influencia en él. Y después tenemos a las que considera sus maestras: Aspasia de Mileto y Diotima de Mantinea. Y también sería importante analizar el papel de las mujeres en la utopía platónica de la *República*.

En este trabajo me voy a centrar en un personaje casi desconocido: Jantipa o Xantipa, la esposa de Sócrates.

Jantipa, la esposa de Sócrates

El rol de Jantipa es el que se considera el común para la mujer ateniense: ser esposa y madre. Ella misma no tiene la consideración de ciudadana: se le prohíbe acceder a las asambleas y a los juicios y no tiene derecho al voto. Sin embargo, solo se considerará

ciudadanos a los hijos nacidos de una madre ateniense, por lo que tampoco se contempla su casamiento con extranjeros. Ella no puede elegir a su esposo: esta es decisión de su padre o familiar masculino más cercano. Y tampoco puede salir de su casa sin un acompañamiento masculino adecuado. Su educación, desde niña, está orientada al cuidado del hogar y de los hijos, y puede ser entregada en matrimonio a partir de los doce años (o su primera menstruación). Una vez casada, la mujer será la señora de la casa, en la que (si es lo suficientemente grande) podrá disponer del «gineceo», habitaciones exclusivas para ella, sus hijos y sus sirvientes femeninas. Y sus actividades se orientarán al cuidado del hogar, el tejido y confección de las ropas, engendrar hijos (futuros ciudadanos) e hijas, y educarlos hasta los siete años, enseñándoles a leer y escribir y a comportarse como se considera correcto según las costumbres. A partir de esa edad, los chicos pasan bajo la tutela del padre para ser instruidos en historia (a través del recitado de las obras de Homero) y en el entrenamiento para la lucha. Las niñas, por su parte, son instruidas en las labores del hogar y su administración.

Puesto que, por lo general, se casaba a las mujeres aún muy jóvenes, muchas veces su formación era completada no por su propia madre, sino por su suegra o su esposo. Así, si el marido tenía un negocio y necesitaba ayuda en su gestión, la mujer podía aprender las técnicas de administración empresarial adecuadas. También hay constancia de chicas que fueron instruidas más allá de lo necesario para el matrimonio por sus propios padres, ya fuera porque carecieran de hijos varones o porque apreciaran realmente las capacidades de las muchachas.

En este medio es en el que se desarrolla el papel de Jantipa, la esposa de Sócrates y madre de sus hijos.



Jantipa en los diálogos de Platón

Muy poco sabemos de la mujer de Sócrates. Apenas unos párrafos en los diálogos de Platón y en los de Jenofonte. ¿Quién era? ¿Cuáles son sus orígenes?

Al respecto, y teniendo en cuenta cómo se mantenían los nombres en las familias antiguas, me llama la atención que tanto el padre como el hijo primogénito de Pericles (nacido de su primera esposa) se llamaran Jantipo¹. ¿Podría ser Jantipa, la esposa de Sócrates, hija de Pericles? Nadie ha planteado nunca este tema, pero, teniendo en cuenta la amistad entre el político y el filósofo, a mí me resulta muy llamativa esta coincidencia del nombre de la mujer del segundo con los de los familiares masculinos del primero. Es más, teniendo en cuenta la diferencia de edad entre Jantipa y Sócrates, podría ser hija, incluso, de Pericles y Aspasia.

Platón solo menciona su existencia en el *Fedón, o del alma*, diálogo en el que refiere las últimas horas de la vida de Sócrates antes de tomar la cicuta ordenada por los jueces.

FEDÓN.— Entramos, pues, y nos encontramos a Sócrates, que acababa de ser desencadenado, y a Jantipa (ya la conoces) con su hijo en brazos y sentada a su lado. Al vernos, Jantipa rompió a gritar y a decir cosas tales como las que acostumbran las mujeres. «¡Ay, Sócrates!, esta es la última vez que te dirigirán la palabra los amigos y tú se la dirigirás a ellos». Sócrates, entonces, lanzó una mirada a Critón y le dijo: «Critón, que se la lleve alguien a casa». Y a aquella se la llevaron, chillando y golpeándose el pecho, unos criados de Critón. (...) Y una vez que se hubo lavado y trajeron a su lado a sus hijos (pues tenía dos pequeños y uno ya crecido), y llegaron también las mujeres de su familia, conversó con ellos en presencia de Critón y, después de hacerles las recomendaciones que quiso, ordenó retirarse a las mujeres y los niños, y vino a reunirse con nosotros»².



1 Entre muchos buenos oradores que ella ha formado, hay uno incluso que es el primero en Grecia, Pericles, hijo de Jantipo (Menéxeno o de la oración fúnebre, Platón).

2 *Fedón, o del alma*.



Como vemos, Platón evita hacer ningún juicio acerca de la mujer de Sócrates. Solamente hace referencia a su emotividad y su dolor (muy naturales, por otra parte), y cómo Sócrates la pone en manos de su amigo Critón para evitarle más sufrimiento, y para liberarse de esas emociones que le impiden concentrarse en el paso que va a tener que dar.

Jantipa en los textos de Jenofonte

Jenofonte va a ser algo más explícito que Platón respecto a Jantipa, describiéndola como una mujer de muy mal carácter.

En *El banquete* de Jenofonte (muy parecido en cuanto a los temas de los que se habla al diálogo homónimo platónico, aunque con distintos contertulios y de menor profundidad), hay un momento en el que Sócrates comenta, maravillado de la agilidad y valentía de una bailarina que está amenizando el evento, que también las mujeres pueden aprender como los hombres:

—Tal y como esta joven nos demuestra —dijo Sócrates—, es evidente que la naturaleza femenina, en estas y en muchas otras cosas, no resulta ser inferior en nada a la masculina, a excepción de la inteligencia y la fuerza³. Así pues, si alguno de vosotros tiene mujer, que no dude en enseñarle lo que desea que ella conozca para aprovecharlo.

—Si así lo crees, Sócrates —replicó Antístenes—, ¿por qué no educas tú a Jantipa en vez de soportar a la peor mujer de todas las que existen y, diría yo, de todas las que existieron y existirán?

³ Podría referirse esta expresión a que las mujeres son menos inteligentes y fuertes que los hombres, pero también cabe la interpretación de que, precisamente estas cualidades son innatas y no pueden aprenderse, tanto en hombres como en mujeres.



—Porque veo que los que desean ser jinetes no adquieren caballos tranquilos sino briosos: ellos saben que, si pueden domar a un caballo así, luego podrán montar fácilmente en cualquier otro caballo. Por eso yo, que deseo tener trato y conversar con todo el mundo, me casé con ella, ya que sabía que, si era capaz de aguantarla, podría luego fácilmente estar con cualquier otra persona⁴.

Antístenes (el discípulo de Sócrates que después fundará la escuela moralista cínica) describe de manos de Jenofonte a la esposa de Sócrates como «la peor mujer de todas las que existen y existirán».

Podemos interpretar algunos aspectos interesantes de Jantipa en estos fragmentos.

Lo primero, que Jantipa era mucho más joven que Sócrates, puesto que de sus tres hijos «dos eran pequeños y uno ya crecido». El más pequeño de ellos está en brazos de Jantipa cuando los amigos de Sócrates llegan el último día a despedirse de él. Sócrates murió con setenta y un años; Jantipa, sin embargo, estaba aún en edad fértil, pero ya no era una niña, pues tenía un hijo «ya crecido». Si en el momento de la muerte de Sócrates rondaba los treinta a cuarenta años, era unos cuarenta años más joven que su esposo.

Lo segundo: si hubiese sido una mujer hermosa, se habría comentado de alguna manera. Tampoco debía de ser fea, pues, dada la apreciación por la belleza que continuamente se expresa tanto en los diálogos platónicos como en los de Jenofonte, y comentando tan abiertamente y sin pudor lo feo que era el propio Sócrates, también se habría descrito a Jantipa como una mujer fea, y no solo de mal carácter. Pero solo se hace referencia a su mal carácter, y en otros textos, a su tendencia a discutir a voces y gritar. Es una mujer rebelde y apasionada, y, al parecer, fácil de enfadar.

⁴ *El banquete*, Jenofonte (capítulo 2: arranque de la conversación, qué se puede enseñar y aprender).

Pero Sócrates la eligió sabiendo cómo era, según su respuesta a Antístenes. Eligió a una muchacha joven, pero con carácter. Es más: la eligió porque pretendía «entrenarse» con ella para poder «fácilmente estar con cualquier otra persona». Puesto que lo que Sócrates hacía con «cualquier otra persona» era cuestionarle, poner a prueba sus conocimientos y hacer aflorar su sabiduría o su ignorancia a través de la mayéutica, lo más probable es que debatiera con su esposa de la misma manera que con los jóvenes con los que se encontraba en el ágora, acerca de la verdad, la belleza, el bien, la justicia.

No pretendo idealizar a Jantipa inventando cualidades de las que nada sabemos, pero sí podemos entender que, por mucho que lo más apreciado en las esposas por los atenienses (y la mayoría de los hombres a lo largo de la historia) sea que fueran dóciles y silenciosas, la verdad es que fueron siempre mujeres como las de siempre: algunas dóciles, otras rebeldes y otras manipuladoras.

Hay otro fragmento de Jenofonte, en su *Recuerdos de Sócrates* (Libro II), en el que Sócrates alaba a su esposa como una buena madre. Se trata de una reprimenda a su hijo mayor, Lamprocles, que estaba enfadado con ella⁵. El chico se queja del mal carácter de la mujer y de que le dice cosas que le duelen.

—¿Y tú, sabiendo perfectamente que lo que dice tu madre no solo lo dice sin mala intención sino incluso porque quiere que seas más feliz que nadie, encima te irritas? ¿O crees realmente que tu madre tiene malas intenciones hacia ti?

—No, por cierto, eso desde luego no lo creo.

Entonces dijo Sócrates:

—Y tú, de esa mujer que es buena contigo, que se preocupa todo lo que puede para que te pongas bien cuando estás enfermo y para que no te falte nada de lo que necesitas, que además suplica con insistencia a los dioses por tu bien y cumple las promesas que les hace por ti, ¿dices que tiene mal genio? Más bien creo que, si no puedes soportar a una madre así, es que no puedes soportar nada bueno.



⁵ Parece que la adolescencia tampoco la hemos inventado en nuestra época.

Sócrates, con el mismo método que usaba con sus discípulos, hace reflexionar a su hijo sobre su actitud desagradecida con respecto a su madre, dibujando a una Jantipa sacrificada en su maternidad. Habla de ella con gran respeto y, además, enseña a su hijo sobre las leyes de Atenas, que castigan el comportamiento de los desagradecidos con sus progenitores. Por tanto, las mismas leyes que apartan a las madres de la vida pública, las protegen del abandono. Es lo mínimo, después de todo, puesto que tampoco les permiten heredar los bienes del marido en caso de viudedad, pero sí a los hijos, que tenían que honrarlas y mantenerlas.

El destino de Jantipa

¿Qué ocurrió con Jantipa y sus hijos tras la muerte de Sócrates? Este, precisamente, no era un hombre rico. Tan solo ocupado de la misión que entendió que le impuso el dios Apolo de hacer mejores a los atenienses, Sócrates tenía lo imprescindible para cubrir sus necesidades. Cabe pensar que esto sería una de las cosas que más enfurecerían a su irascible esposa, que tenía que alimentar y vestir a sus tres hijos. ¿Qué se dice a este respecto en los diálogos de Platón y de Jenofonte?

En el diálogo platónico *Critón, o del deber*, en el que Critón (quien, al parecer, era un hombre rico) se ofrece a sobornar a los vigilantes de Sócrates para ayudarlo a huir, y en el que Sócrates le responde que no está dispuesto a desobedecer a las leyes aunque su aplicación haya sido injusta, uno de los argumentos que Critón presenta a su amigo para convencerlo es:



CRITÓN.— Además de eso, yo creo que también estás traicionando a tus propios hijos, a los cuales abandonarás con tu marcha, cuando está a tu alcance el llevar hasta su término su educación y crianza y, privados de tu ayuda, vivirán como buenamente puedan, y como es natural, les tocará en suerte el género de vida que suelen tener los huérfanos...

Como vemos, se preocupa por sus hijos, pero ¿y Jantipa? ¿Qué podría ocurrir con ella? Las leyes atenienses estipulaban que algún miembro masculino de la familia tendría que casarse con la viuda para protegerla, pero no parece haber ningún pariente de Sócrates. ¿Quedarían desamparados Jantipa y sus hijos tras la muerte de Sócrates? Ningún historiador ha podido responder qué pasó con ellos. Aristóteles comentó que ninguno de sus hijos destacó en nada. Y ya está.

Quizá la respuesta está al final de este diálogo cuando, para responder a Critón, Sócrates pone a las leyes como sus interlocutoras. Personificadas, las leyes recriminarían la actitud cobarde e indigna del que, tras defenderlas durante toda su vida, en el momento de dificultad las traiciona.

Ahora bien: ¿quieres tal vez vivir por tus hijos, para terminar su crianza e instruirlos? ¿Y qué? ¿Piensas llevarlos a Tesalia y educarlos allí, haciéndolos extranjeros? (...) Son tus amigos los que se cuidarán de ellos: ¿acaso lo harán solo en el caso de que vayas a Tesalia, y no si vas al Hades?...

Parece claro aquí que Sócrates confía sus hijos a sus amigos. A Critón, el primero, puesto que es quien le está ofreciendo ayuda. También vemos a este, en el Fedón, haciéndose cargo de Jantipa y los niños. ¿Se casaría posteriormente Jantipa? ¿Quizás con Critón? Imposible es saberlo.

Conclusión

Sabemos muy poco sobre la esposa de Sócrates.

No conocemos su origen y procedencia aunque, por su nombre y por su edad, podría haber sido hija de Pericles, o quizá una familiar más lejana.

De cómo era solo tenemos los comentarios de Jenofonte acerca de su fuerte carácter y su indocilidad, cosa que no parecía desgradar a Sócrates, sino más bien lo contrario.

Tampoco tenemos información acerca de su final. Sin embargo, podría haber sido protegida por Critón, el amigo de su marido, que le ofreció su ayuda en los momentos más duros del filósofo.


¿Quién fue Jantipa? ¿Fue un estorbo para el gran filósofo? ¿O quizás una inspiración? ¿Una discípula?

Bibliografía

Platón, *Obras completas*, traducción de María Araujo y otros. Aguilar Ediciones, 1988, Madrid.

Jenofonte, *El banquete*, traducción de Juan Zaragoza. Editorial Gredos, 1993, Madrid.

Jenofonte, *Recuerdos de Sócrates*, traducción de Juan Zaragoza. Editorial Gredos, 1993, Madrid.



Lo que nos enseña la MADRE TIERRA

Fátima Gordillo

Quizá, una de las primeras palabras que podría venirnos a la mente al hablar de la Madre Tierra sería «VIDA». Nuestro planeta es un incansable y hermoso crisol de vida; la expande por doquier en una enorme variedad de formas y colores, otorga fortalezas y debilidades, favorece las relaciones y equilibra la balanza cada vez que esta se inclina más hacia un lado que hacia otro... Sin embargo, aunque consideramos unánimemente que la vida en la Tierra se desarrolla por todas partes, no es habitual hablar de nuestra casa azul como un ser vivo. No obstante, la misma ciencia que pone en entredicho tal idea, comienza poco a poco a descubrir que, quizá, estamos ante algo mucho más complejo y maravilloso de lo que pensábamos.

¿Está vivo el planeta?

Aunque una de las preguntas que solemos hacernos respecto al universo es si hay vida en otros planetas, no solemos cuestionarnos si es el planeta en sí el que está vivo. La idea casi parece absurda: ¿Está viva la Tierra? Y, si está viva, ¿tiene conciencia?, ¿y alma?, ¿puede pensar y tomar decisiones?, ¿qué pensará de nosotros? Hagamos entonces, antes, otra pregunta: ¿qué es la vida?

Actualmente decimos que la ecología es la ciencia que estudia las interacciones de los organismos entre sí y con su ambiente físico, donde hay factores bióticos y abióticos, es decir, seres vivos y cosas inertes, que no tienen vida. Estarían vivos los animales, las plantas, las bacterias, los hongos, las personas... pero no lo estarían las rocas, los minerales, los metales... Sin embargo, todos esos elementos, a la vez, forman parte de nuestro planeta, de la misma manera que células, bacterias y moléculas tanto orgánicas como inorgánicas forman parte de un cuerpo humano. De nosotros decimos que estamos vivos, ¿por qué no de la Tierra?

No podemos ignorar que es el mismo ser humano el que ha elaborado la definición de vida y no vida, y que lo ha hecho de la única forma en que podemos hacerlo, que es comparando el resto de las cosas con nosotros, viendo qué es lo que hace que nosotros estemos vivos o tengamos vida y extrapolando esa idea a todo lo demás. Es por eso por lo que decimos que un ser vivo nace, crece, se reproduce y muere, y decimos también que tiene actividad metabólica, que se alimenta, que respira, que excreta... porque es lo que hacemos nosotros. Y esperamos reconocer en lo demás algo parecido a lo que pasa en el ser humano para decir: «¡Mira la bacteria, ha abierto unos bracitos para agarrar esa otra cosa y meterla dentro de su cuerpo gelatinoso!, ¡está comiendo!, ¡también come como nosotros!, ¡está viva!». Quizá deberíamos plantearnos que la inmensa diversidad que vemos en la vida podría hacer que dicha vida se expresara de formas diferentes a las que conocemos. Así que lo más honesto debería ser, en lugar de afirmar categóricamente que la Tierra no está viva, decir sencillamente: «No lo sabemos».

Una de las teorías más controvertidas de los últimos tiempos fue la teoría Gaia, planteada por el meteorólogo James Lovelock en 1969. Lovelock afirmó que la Tierra era capaz de autorregularse, y que existía una permanente retroalimentación entre las áreas superficiales del planeta: atmósfera, hidrosfera y biosfera. Gracias a esta autorregulación, el planeta mantiene un continuo equilibrio físico y químico, que es justamente lo que permite la vida. Es como si la propia vida se regulara para mantener la vida, y aunque la cantidad de detractores de esta hipótesis no es pequeña, lo cierto es que las evidencias de sistemas tróficos autorregulados van en aumento, igual que las de leyes que rigen dicha regulación, y que se puede aplicar tanto en reacciones moleculares como en elefantes. Ante toda esta complejidad, ¿es lógico afirmar sin más que todo es producto de una cadena interminable de hechos azarosos sin propósito alguno?



Las leyes de la vida

En 2018, Alejandro Frank, coordinador del Centro de Ciencias de la Complejidad e investigador del Instituto de Ciencias Nucleares de la UNAM dio una charla sobre «Matemáticas y biología, una visión compleja». Así, tras estudiar las variaciones en la temperatura del planeta desde 1880, afirmó que «para nuestra sorpresa, la temperatura de la Tierra se comporta como en un ser vivo». De hecho, en sus conclusiones, dice que la Tierra presentó un comportamiento crítico en los primeros años, pero desde la década de los cincuenta los datos se parecen a un sistema que ya no está en estado crítico, y es más similar al de un corazón no saludable. «La criticalidad parece ser el equilibrio evolutivo de los sistemas complejos», dice Frank.

Por criticalidad tenemos que entender que es el equilibrio óptimo entre la necesidad de estabilidad y la necesidad de adaptarse a los cambios o necesidades del entorno. Así, todo tiende a buscar un estado de máximo equilibrio o robustez. Es donde nos sentimos cómodos y todo sucede de acuerdo a una tranquila y agradable rutina. Sin embargo, aunque todo busca su punto de máxima estabilidad, también es parte de la vida que todo sistema tiende inexorablemente al desorden, y por eso, la criticalidad también es la capacidad de adaptarse a los cambios para regresar a un punto de equilibrio. Cuando un ser no es capaz de regresar a su punto de equilibrio, o permanece demasiado tiempo sin cambios que le obliguen a poner a prueba su capacidad de adaptación, decimos que está enfermo o cercano a la muerte.

En el libro *Las leyes del Serengeti*, de Sean B. Carroll, se desarrollan ampliamente numerosos casos no solo de autorregulación en la naturaleza, sino también de una serie de leyes que es fácil descubrir en casi cualquier sistema vivo.





Leyes generales de la regulación y la lógica de la vida.

- Regulación positiva: A regula positivamente la abundancia o la actividad de B.
- Regulación negativa: A regula negativamente la abundancia o actividad de B.
- Lógica de doble negación: A regula negativamente B, que a su vez regula negativamente C. Así, A incrementa la abundancia de C mediante la lógica de doble negación, C regula negativamente A y la producción de B y C.

Los trabajos de Jacques Lucien Monod y François Jacob en 1961, que estudiaban el control en los niveles de expresión de las enzimas en las células, especialmente mediante investigaciones con la bacteria *E. coli*, les llevaron a sostener que las mismas leyes regulatorias que habían detectado en la bacteria podrían ser aplicadas a fenómenos más complejos: «Todo lo que resulta válido para la *E. coli* también debe serlo para los elefantes», dijeron.

Poco después, los estudios de Robert Paine con comunidades intermareales revelaron algo que también ha sido aplicable a otros sistemas ecológicos complejos. Paine afirmó que, de la misma manera que la piedra clave es imprescindible para sostener un arco en una estructura arquitectónica, hay seres «clave» que coronan la red trófica, y si se les saca de su lugar, toda la comunidad se desmorona. Eso dio lugar a reconocer la existencia de especies clave. En un principio se adjudicó el papel de especie clave a los depredadores, pero no siempre es el mayor depredador y no siempre es un depredador, a veces la especie clave del lugar puede ser un herbívoro... o un árbol.

El concepto de especie clave revelaba, además, que no todas las especies son iguales, ya que se ha visto que algunas especies ejercen unos efectos sobre la estabilidad y la diversidad de sus comunidades mayor de la que le correspondería por su número o



biomasa. Así, la importancia de la especie clave está en la magnitud de su influencia, no en el escalón que ocupa en la cadena trófica. Esta especie de jerarquía, presente en toda la naturaleza, no es, como podríamos pensar, un privilegio de unos pocos que se aprovechan de los demás, sino «el responsable» de mantener la criticidad del sistema que «preside». De hecho, una especie puede ser clave en un ecosistema y no serlo en otro, ya que el «ser clave» no depende de la especie, sino de la fortaleza de sus relaciones con el entorno en el que esté.

En cuanto a la función de las especies clave, dentro de un ecosistema, cada una de las especies cumple con una misión determinada que le beneficia tanto a ella como al conjunto. Cuando algo afecta a una de las especies que no son clave en el conjunto, lo que se ha observado es que otra de las especies presentes acabará por asumir la función de la que ya no está, puesto que esa tarea sigue siendo necesaria para todas las demás. Sin embargo, cuando es la especie clave la que se ve perjudicada, el conjunto se verá gravemente afectado, y puede llegar a desaparecer.

Uno de los muchos ejemplos que hay de esto se produjo hace algunos años en Kenia, cuando un brote de peste bovina estaba acabando con la población de ñúes. Cuando se averiguó que el virus tenía como foco el ganado doméstico, se pudo atajar la enfermedad y, curiosamente, una de las primeras cosas que se observaron fue que los incendios disminuyeron notablemente. Al eliminarse el virus, la población de ñúes aumentó, y con ellos, aumentó el número de depredadores. Mientras que antes el pasto podía alcanzar hasta 60 cm de altura, con la proliferación de los ñúes, alimentándose fundamentalmente de hierba, esta apenas sobrepasaba los 10 cm, el sol penetraba en el suelo y fortalecía su poder nutricio para otras plantas, los incendios disminuyeron al mismo tiempo que los árboles crecían, y la población de mariposas y jirafas aumentó

también. Curiosamente, las herbáceas resultan ser más abundantes y nutritivas cuando se pastan que cuando se trata de proteger el pasto, de manera que todo el ciclo aporta lo suficiente para que la vida se mantenga y regule de manera autónoma. De hecho, sucedió que la población de ñúes llegó a ser tan alta que los responsables del parque comenzaron a plantearse la necesidad de reducir la población matando a parte de ella. Afortunadamente, los científicos que estaban estudiando las teorías de Paine, lograron convencer a los demás de esperar a ver qué pasaba, y lo que pasó fue que, llegado un punto de crecimiento, la población se estabilizó, y el sistema entró en criticalidad. Esto que vemos que ocurre con ñúes, hierba y leones, sucede de la misma forma con moléculas y enzimas, o con las sociedades humanas, porque todo, todo lo vivo, sigue las mismas leyes de autorregulación en la naturaleza.

Vida resiliente, eficiente y sostenible

Antes hemos descrito la criticalidad como el equilibrio óptimo entre la necesidad de estabilidad y la necesidad de adaptarse a los cambios o necesidades del entorno. Sin embargo, tanto la estabilidad como la adaptación se producen en la naturaleza logrando lo máximo con lo mínimo. Así, mientras que —según el naturalista Joaquín Aráujo— menos del 30% de lo que el ser humano extrae del medio natural se convierte en mercancía, la naturaleza es altamente eficiente y «se caracteriza por el logro de formidables resultados con muy poco», sin agotarse y sin contaminar, porque además de ser eficiente usa modelos siempre sostenibles, en los que cualquier cosa que suponga un desperdicio para un ser, es alimento para otro, de manera que todo se aprovecha, siempre hay una especie que puede reutilizar lo que no puede usar otra, de manera que todo permanece limpio por sí mismo.



La vida se ha recuperado después de catástrofes enormes, como la erupción del Vesubio que destruyó Pompeya y Herculano en el año 79 d. C. Tras terribles inundaciones también ha habido recuperación, e igualmente la hubo tras las criminales bombas nucleares lanzadas por EE. UU. contra la población civil en Hiroshima y Nagasaki. El desastre de Chernobyl hará que el ser humano tarde miles de años en volver a habitar en la zona, pero eso no ha impedido la proliferación de vegetación ni de especies animales como los caballos salvajes. La magnitud del desastre hará que el tiempo para la recuperación sea mucho mayor, pero igualmente acabará por recuperarse.

La adaptabilidad de las especies es tan sorprendente que, aunque el PET (tereftalato de etileno) tan solo hace setenta años que fue desarrollado por nosotros, ya existe una bacteria, la *Ideonella sakaiensis*, que ha «evolucionado» para aprovechar ese recurso (¿o quizá para neutralizar sus efectos en el medio?), para lo que ha desarrollado dos enzimas específicas que son capaces de degradar por completo ese compuesto plástico.

Alma de los animales-alma grupal

Todo tiene alma, todo está vivo, todo está en evolución. El papel del hombre, o la circunstancia del ser humano en este momento es desarrollar esa alma.

En ese sentido, podemos detenernos en lo que significa la domesticación de especies. Podemos adiestrar, pero no domesticar. Eso sigue siendo un misterio... Hoy día podemos adiestrar un animal particular de cualquier especie salvaje, pero no domesticar una especie; eso se hizo en el Neolítico y nunca más se ha podido replicar.





En las antiguas culturas, en las que se rendía culto a la Tierra como madre de todos, se asumía el sentido del hombre como hermano mayor del resto de especies.

Muchos de los comportamientos animales no están en los genes, sino que son aprendidos. Esto ha costado mucho que sea entendido por algunos científicos, que ponen todo el conocimiento en la carga genética para explicar por qué algunos animales hacen lo que hacen, pero la realidad es que hay animales que si no son enseñados por sus padres o por otros miembros de su especie, no desarrollan todos los comportamientos propios de la especie y pueden perecer. Los sonidos de las ballenas y de las orcas se enseñan, no son innatos. Puede ser innata la capacidad de emitirlos, pero el «idioma» de cada grupo se tiene que aprender. Igual que el baile de las abejas, se aprende, no está escrito en ningún código genético.

El papel del ser humano en la naturaleza

Quizá la pregunta más importante que podemos hacernos es acerca de qué es el ser humano y cuál es su papel en la naturaleza. Si nos consideramos solo uno más de los animales, con racionalidad pero en el mismo plano evolutivo, poco podremos extraer de todo lo que nos hace diferentes. Sin caer en la vanidad o en la soberbia, lo que nos diferencia del resto de los seres de este planeta tendría que servirnos para entender bien nuestro papel en el equilibrio crítico de la Tierra. Las viejas ideas acerca de la brutal competencia entre especies e individuos están en entredicho al comprobar que la supremacía del más apto, que en los animales se expresa fundamentalmente en comer y en aparearse, no puede funcionar igual en los seres humanos sin caer en una



animalidad que, siendo buena y adecuada en los animales, en nosotros se convierte en crueldad, brutalidad, abuso, destrucción y explotación. Luego algo más que una parte animal debe de haber en nosotros, y quizá sea eso lo que defina nuestro papel en el gran conglomerado que es la naturaleza.

Sabemos que, como mínimo, el *Homo sapiens* existe desde hace al menos 300.000 años. Sin embargo, sabemos también lo siguiente:

1. La evolución no es lineal, sino ramificada
2. La antropogénesis comenzó como mínimo entre 5 y 7 millones de años atrás.
3. Los procesos de hominización y humanización se han producido de forma conjunta.
4. Hay muchas más especies de homínidos.
5. Características netamente humanas se encuentran mucho antes de lo que se creía, incluso en especies diferentes a la *sapiens*.

Se puede decir que «lo humano» apareció mucho antes de que tuviésemos el aspecto que tenemos hoy en día. Características que reconocemos como humanas son el lenguaje, el sentido de trascendencia, la imaginación, la sacralidad..., todo ello derivado del gran hito humano, incapaz de momento de ser ubicado cronológicamente en nuestra evolución, que fue el desarrollo de la conciencia, entendiendo como tal no solo el estar conscientes (en el sentido de despiertos), sino poder diferenciar el bien del mal y tender a buscar lo bueno por encima de lo malo.

Los restos de un *Homo ergaster* de unos doce años, de una antigüedad de casi 1,5 millones de años, han demostrado a los investigadores que ya entonces había comportamientos compasivos, propios de «lo humano». El examen de los huesos de este niño reveló que padeció durante años una enfermedad que requirió que fuera cuidado... y lo fue. Su grupo protegió y atendió no solo al enfermo durante un largo periodo de tiempo; también lo hizo con la persona o personas que cuidaban directamente del niño, proveyéndoles de alimento y protección. No es un caso aislado. Los estudios de antropología forense revelan que se atendió a enfermos, ancianos, niños y discapacitados, y que se hizo en comunidad.

Al mismo tiempo, el contacto continuo con el medio natural logró la integración de lo humano en lo natural, no tomando más de lo que era necesario, no matando por matar, no alterando el curso de lo que la naturaleza dictaba, y respetando siempre el «alma» de todos los seres, ya que todos formaban parte del Alma Una del planeta. Con el tiempo, fuimos perdiendo esa capacidad, pero sigue formando parte de nuestra propia naturaleza, ya que lo humano sigue siéndolo a pesar del humano mismo. Conocer la naturaleza es importante, no para explotarla, sino para reintegrarnos a ella de manera adecuada, trabajando en línea con ella como humanos.

En la esencia del ser humano hay, indudablemente, una doble naturaleza. Por un lado está nuestra parte animal, presente y activa en nuestras acciones más instintivas y egoístas, pero no es esta condición la única ni la más importante. Además de la animal, mediante nuestra naturaleza humana es como logramos realizar verdaderos prodigios de humanidad, ética y bien común. A eso es a lo que innatamente aspiramos como humanos, y es lo que nos inspira.



En 2010 se dio a conocer un estudio, realizado por Paul Blomm y Karem Wynn, en el que se demostraba que los sentidos del bien y de la justicia son innatos en nosotros. Son, dicho de otro modo, parte de la esencia humana. El trabajo, que se realizó con bebés muy pequeños, algunos con apenas cinco meses —siempre en un rango de edad anterior a las transformaciones producidas por la educación y la socialización—, probó que, desde muy tiernas edades, ya somos capaces de distinguir comportamientos buenos de comportamientos malos, y preferir los buenos a los otros. En ese origen, en el que las esencias están en su estado más puro y natural, podemos ver mejor lo que subyace bajo todas nuestras capas culturales, y quizá por eso, cuando no nos comportamos de acuerdo con el código moral natural, sufrimos o hacemos sufrir. Con la justicia pasa igual. De manera innata reconocemos lo justo de lo injusto, y cuando, en ese estado original de la niñez se ve una injusticia, lo que la mayoría de los pequeños prefieren es compensar el mal recibido en la persona perjudicada, en lugar de castigar al malo. Luego, nuestros acuerdos culturales prefieren centrarse en convertir el castigo en la compensación de los males, pero si lo pensamos bien no se trata de una compensación real, porque no se ha restituido el daño causado, sino que se ha aumentado la magnitud del daño con el castigo al culpable.

Para terminar esta relación, quisiera rescatar unas frases del doctor en Biología Manuel Ruiz, que escribió en esta misma revista un magnífico artículo titulado *Una nueva relación con la naturaleza* (<https://www.revistaesfinge.com/2021/10/una-nueva-relacion-con-la-naturaleza/>):





«En el caso del ser humano, nuestro lugar natural no es un sitio geográfico ni la posición en un ecosistema determinado. Nuestra evolución ha sido especial, con un componente cultural que ha facilitado nuestra capacidad de vivir en cualquier entorno y ha determinado la mayor parte de nuestras características específicas. En definitiva, nuestro lugar natural no es un puesto en la pirámide ecológica de cualquier ecosistema, sino el potencial humano que se expresa a través de conductas, sentimientos, pensamientos y socialidad, que se plasma en una cultura, y que requiere de la educación para activar y desarrollar las funciones y valores (o virtudes, en el sentido clásico del término)».

(...) El marco ético de nuestra relación con la naturaleza nos obliga a desarrollarnos como seres humanos, pues únicamente de esta manera es como se minimiza nuestro impacto, y las acciones (y, sobre todo, sus consecuencias) pueden ser asumidas por el resto del sistema.

(...) En definitiva, desde un punto de vista ético, la posición del hombre con respecto a la naturaleza, el “hombre natural”, no se consigue en una serie de instrucciones o códigos de conducta. No se puede imponer desde un marco legal, ni tampoco desde un programa de educación ambiental. El hombre ocupa —ocupamos— nuestro lugar en la naturaleza cuando desarrollamos al completo todas nuestras posibilidades. Ese es el punto de máxima eficiencia ecológica, de igual manera que para el resto de las especies».



www.revistaesfinge.com